

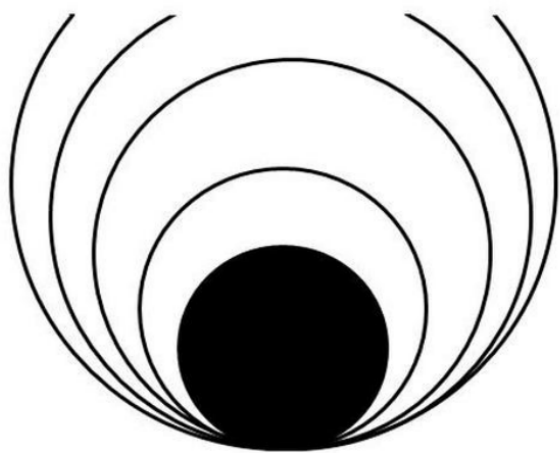


# TROFEOS PRIVADOS

Lou Carrigan







**PUNTO ROJO**







**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **LA HUELLA:**

140 - Tempestad en un vaso de agua.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

584 - Con la vida de otro.

En Colección **ARCHIVO SECRETO:**

265 - Sekreten polizeiken.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

542 - Tumba india.

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.065 - .Hasta la última gota.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.676 - El canto del pavo real.

En Colección **KANSAS:**

1.250 - Esta bala es para ti.

En Colección **CALIFORNIA:**

1.342 - Morir y dejar morir.

En Colección **COLORADO:**

1.299 - Corazón de oro.





LOU CARRIGAN

## **TROFEOS PRIVADOS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1066  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 29.976-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1982

1ª edición en América: marzo. 1983

© Lou Carrigan - 1982

texto

© Almazán - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985



## CAPÍTULO PRIMERO

Nick Shannon, teniente de la Sección de Homicidios del Departamento de Policía de Miami esperó la luz verde en el semáforo del cruce de Aviation Avenue y Bayshore Drive disfrutando del bello panorama de dos pares de espléndidas piernas femeninas realzadas por altos tacones.

Lo que él decía siempre: donde haya una minifalda que se vayan al demonio los pantalones tejanos. ¿Cómo es posible que a las chicas les guste ocultar sus piernas con tan basto ropaje? Los pantalones para los vaqueros. Y punto.

De todos modos, aquella mañana de sábado no estaba muy atento a las piernas femeninas. Las miraba, pero tan distraído que casi no las veía. Porque hay que distinguir entre mirar y ver. No, no es lo mismo, aunque algunos así lo crean, ya que...

El sonido de un claxon detrás de él le hizo mirar el retrovisor, en el que vio otro automóvil detrás del suyo, luego miró al semáforo, vio la luz verde, y arrancó.

Bien, no era momento de pensar en piernas de chicas, ni en disquisiciones sobre mirar y ver.

Había vuelto a suceder, y eso sí que requería mucha atención y mucho pensar. Había vuelto a suceder, y no tenían ni idea de quién era el loco que estaba haciendo aquello.

Tras cruzar Bayshore Drive llegó al final de Aviation Avenue, y acto seguido a las instalaciones de la U.S. Coast Guard. Estaba estacionado el coche cuando vio acercarse apresuradamente a Johnny Ashe, uno de los detectives de su grupo. Simpático o inteligente muchacho. Llegarla lejos, seguro.

Salió del coche y acudió a su encuentro. Johnny estaba todavía excitado, y era natural. Ya iban cinco. Cinco idénticos en menos de año y medio. Año y medio durante el cual el prestigioso Nick Shannon estaba perdiendo buena parte de su prestigio, por culpa de

aquel maldito loco.

—Buenos días, señor —saludó Ashe—. Lo tenemos todavía en la lancha, esperando al enviado del juzgado.

—Vamos allá.

—El sargento Mason ya ha llegado, señor. Me pareció que debía avisarlo también.

—Naturalmente.

Se encaminaron hacia uno de los embarcaderos, y Ashe señaló una de las lanchas guardacostas. Cuando la abordaron, el sargento Joseph Mason volvió la cabeza, miró a Nick, y le hizo un viejo saludo con un alzamiento de cejas. Luego miró al oficial comandante de la lancha, y dijo:

—Es el teniente Shannon.

El oficial guardacostas asintió, hubo un cambio de saludos, y finalmente Nick se colocó junto a Mason, mirando el cuerpo que yacía sobre la cubierta, junto a un trozo de lona.

Exacto: como los cuatro anteriores. Al cadáver le faltaban las manos. El procedimiento empleado también había sido el mismo: primero lo habían matado de dos o tres balazos en el pecho, luego habían colocado un apretado alambre de cobre alrededor de sus muñecas, y por último le habían cortado las manos. El quinto cadáver en esas condiciones que era hallado en el mar.

¿Quizá había más en las mismas condiciones que todavía no habían sido hallados, que permanecían en el fondo del mar? ¿Cuántos habrían sido asesinados del mismo modo?

Era un hombre, y poco más se podía saber de él, porque estaba hinchado y deformado por la permanencia en el agua. Tan hinchado que sería poco menos que imposible su identificación, ya que sin manos, obviamente, no se podían obtener sus huellas digitales, y, en cuanto al rostro... Bueno, el rostro era mejor no mirarlo. Incluso había sido destrozado parcialmente por los agudos dientes de algunos peces.

De los cuatro casos anteriores, y eso con mucha suerte, sólo uno de los cadáveres había sido identificado como un tal Silvan Adams, el segundo en ser hallado. Y, bien, allá estaba el quinto.

—Maldita sea —masculló Nick—. Bueno, tápenlo... No, un momento. ¿Qué tiene ahí?

—Creí que no lo verías —murmuró Mason—. Es un tatuaje.

Nick se acuclilló junto al cadáver, para ver más de cerca el tatuaje. Representaba un ancla cuyo mástil, a modo de flecha, atravesaba un corazón. Debajo, ponía: *I love you, sea*. Es decir: te amo, mar. Nick estuvo unos segundos mirando el tatuaje, se irguió, y dijo:

—Algo es algo.

—Debe ser un marino, señor —dijo Ashe—. Tal vez consigamos algún dato sobre él si publicamos ese tatuaje en los periódicos y lo proyectamos por televisión.

Shannon y Mason se miraron, y el último, sonriendo, guiñó un ojo al primero.

—Oye, qué buena idea, ¿verdad, Nick?

—De las mejores... —sonrió también Shannon—. ¿Te gustaría encargarte de esa parte del asunto, Johnny?

—Pues a mí me ha parecido una buena idea —gruñó el joven detective.

—Lo es, hombre, de veras. Encárgate de ello. Bueno, Joe, ¿habéis encontrado alguna cosa en los bolsillos?

—Claro que no. Nada en absoluto.

—Ya.

—Pero me apuesto un huevo a que cuando examinen las balas en Balística nos dirán que pertenecen al mismo maldito revólver del 38.

—Seguramente, será así. Esperamos. Supongo que el *coroner* y el forense no tardarán en llegar.

—No se darán tanta prisa como nosotros, pero no creo que tarden, en efecto. Bueno, ya nos han fastidiado otro fin de semana.

—Peor le ha ido a él, ¿no? —señaló Ashe el cadáver.

—Así es, hijito —dijo el veterano Mason—, pero nosotros no tenemos culpa, ¿sabes?

Nick Shannon se volvió hacia el oficial guardacostas.

—¿Dónde lo pescaron? —preguntó.

—Unas tres millas al sur de Key Biscayne.

—¿Estaba flotando o lo vieron en el fondo?

—Flotando. Parecía una boya.

Nick torció el gesto, dirigió una última mirada al cadáver, y se apartó, encendiendo un cigarrillo. Muy bien, de nuevo en danza con el caso de los cadáveres sin manos. ¿Por qué les cortaban las

manos? ¿Para que no pudieran ser identificados? En ese caso también deberían hacer lo mismo con la cabeza, ya que precisamente, el único cadáver identificado, el del tal Silvan Adams, lo había sido por la fotografía de su rostro publicada en los periódicos y en la televisión. Claro que Silvan Adams había sido encontrado relativamente pronto después de su muerte, y no ofrecía el horroroso aspecto del actual cadáver.

Muy poco después llegó el *coroner* enviado por el juzgado, y los fotógrafos. Hubo cambio de opiniones, acuerdos, y finalmente Nick, Mason y Ashe dieron por terminada su intervención, de momento. No podía hacer nada, salvo esperar que la fotografía del tatuaje se publicase y que la suerte les favoreciera esta vez.

—No me hace nada de gracia ir al Departamento —refunfuñó Mason—. Si el capitán Davis está allí nos mirará de ese modo que tanto me cabrea. ¡Como si nosotros tuviéramos la culpa!

—Yo le llamaré —dijo Nick—. Desde mi apartamento, claro. A mí tampoco me hace gracia verle la cara en momentos como éste. Entonces, Johnny, ¿quedamos en eso, te encargas de las fotos y demás?

—Sí señor, seguro. Ya verá como tenemos suerte.

Mason y Shannon se miraron, y el primero dijo:

—Lo bueno de tratar con jóvenes es que le rejuvenecen a uno con sus esperanzas y sus ilusiones.

Nick asintió, hizo un gesto de despedida, y se fue. Ashe miró con cierta irritación a Mason.

—El teniente no es tan viejo como usted, no necesita que nadie le aporte ilusiones.

—Oye, ¿a quién llamas viejo? ¿A mí? Sólo tengo cuarenta y seis años.

—Pero el teniente tiene treinta y dos. Es joven.

—Y muy inteligente —murmuró Mason—... ¿Y no te parece desesperanzador que un hombre inteligente como él dependa de la suerte en un asqueroso caso de cinco asesinatos?

Sin embargo, la suerte existe.

A las cinco y pico de la tarde del día siguiente, domingo, Nicholas Shannon llegó a toda prisa al Police Departament, en cuya puerta les estaba esperando Joseph Mason, evidentemente de mucho mejor humor que el día anterior.

—¿Dónde está? —preguntó enseguida Nick.

—Johnny la tiene en uno de los cuartos de recibo. Nos pareció menos inquietante para ella que meterla en tu despacho.

—Bien hecho. Vamos allá.

Medio minuto más tarde los dos entraban en el cuarto donde Ashe conversaba con la tal Jenny Bedford. Nada más echarle la vista encima Shannon comprendió, pero a él no le molestaban particularmente las prostitutas. Es más, tenía buenas amigas que lo eran.

—Señorita Bedford, soy el teniente Shannon, y deseo ante todo agradecerle su deseo de colaboración. Sinceramente, muchas gracias.

La señorita Bedford tenía no menos de cuarenta años, era más bien fea, decididamente gorda, y su aspecto no podía ser más vulgar. Era lo que corrientemente se llama una puta barata. Así que le encantaron los modales del joven y apuesto teniente de Homicidios.

—Bueno, lo que siento es no haber venido antes, teniente —dijo con voz melosa—, pero anoche me acosté muy tarde, y no he mirado el periódico de hoy hasta después de las tres. Siempre lo leo antes de salir a trabajar.

—Comprendo... —Nick se sentó frente a ella—. ¿Está usted segura de que había visto antes ese tatuaje?

—Segurísima. Me llamó la atención, porque los hombres siempre se tatúan chicas o nombres de chicas, ya sabe. Aman a Lucy, a Sally, a Mary... Éste decía que amaba el mar. ¿No es chocante?

—Hay mucha gente que ama el mar. Bien, si está segura...

—Completamente. Estuve tres o cuatro veces con él. Era... bastante bruto. Un salvaje. Muy bestia, vamos.

—¿Recuerda su nombre?

—Desde luego. Se llamaba Albert Ryder.

El sargento Mason salió disparado del cuarto, mientras Ashe, tras titubear, optaba por permanecer allí.

Siempre aprendería más viendo cómo trabajaba el teniente Shannon que yendo al archivo en busca de un nombre. Eso lo sabía hacer cualquiera.

Y por cierto que el joven Ashe aprendió durante los diez minutos que tardó Mason en regresar con una carpeta. Una de las cosas que

aprendió fue que el teniente Shannon, su admirado teniente, era un redomado hipócrita, pues estuvo tratando a la prostituta como si fuese la reina de Java o algo parecido. Todavía tardaría algún tiempo Johnny Ashe en comprender que, en este día, había confundido la amabilidad y el tacto con la hipocresía.

—Lo tenemos, Nick —dijo Mason—. ... ¡Dios, vaya pieza!

—¿Me disculpa un momento? —pidió Nick a Jenny Bedford.

Tomó la carpeta, la abrió, y lo primero que vio fue el rostro de Albert Ryder, de frente y de los dos perfiles. Con la cara ya lo decía todo. Pero el expediente era de lo más sustancioso: Ryder había sido un canalla empedernido. Es decir, que tenía un historial muy parecido al de la otra víctima identificada, el tal Silvan Adams. La última «gesta heroica» de Albert Ryder, por la que había sido condenado a diez años de prisión, consistía en un intento de violación casi consumado en una jovencita de catorce años. De esto hacía siete meses. Naturalmente, había sido encarcelado.

Así que el desconcierto de Nick Shannon estuvo justificado. ¿Cómo estaba libre un sujeto de la calaña de Albert Ryder? Bueno, también constaba en el expediente: un astuto abogado había conseguido la revisión de la causa, y había conseguido, pasmo de pasmos, la libertad provisional del reo. Pasmoso, sin más.

En silencio, Nick ofreció las fotografías a Jenny Bedford, que no tuvo la menor duda.

—¡Ya lo creo que es él! —exclamó—. ¡El bestia! Pagaba bien, pero era un bestia.

—Eso parece —asintió Nick—. Bueno, señorita Bedford, muchísimas gracias por todo. Si lo desea, mi compañero el detective Ashe la llevará en un coche.

—¡Oh, encantada! —sonrió Jenny—. ¡Encantada! ¡Es un joven muy guapo y simpático!

El joven guapo y simpático miró hoscamente a Shannon, pero no dijo esta boca es mía. Tres cuartos de hora más tarde estaba de regreso en el Departamento, y se fue directo al despacho de Nick Shannon. Dentro del despacho, Nick y Mason dejaron de contemplar varios expedientes para mirar con cierto regocijo al recién regresado.

—¿Qué? —se interesó Mason—. ¿Has echado un polvito gratis con la succulenta Jenny, joven guapo y simpático?

—¡Usted siempre se está metiendo conmigo! —protestó Ashe.

—Porque te ama —sonrió Shannon—. Despídete de lo que queda del domingo, Johnny. Me parece que hemos encontrado el extremo del hilo que nos llevará al ovillo.

—¿De veras? ¡Estupendo! ¿Cuál es la pista?

—No te lo vas a creer —dijo Mason.

—¿Por qué no?

—Se trata de una juez.

Johnny Ashe quedó atónito. La pista de aquellos cinco asesinatos con mutilación era una juez.

—Una juez —dijo—. Ya. Bien. O sea, una mujer juez.

—Eso ha dicho —sonrió Shannon—. ¿Estás sorprendido?

—Oh, no... Todos los días me relaciono con mujeres jueces que son las pistas claves de cadenas de crímenes.

—Este chico va progresando —dijo Mason—: hasta va adquiriendo sentido del humor macabro. Y hablando de cosas macabras: me pregunto cómo será esa juez. ¿Qué piensas al respecto, Johnny?

—Bueno —reflexionó el detective—, no sé... ¡Pero seguro que no será precisamente una Olivia Newton John!

—¿Una qué? —Se pasmó Mason.

—Bueno, basta de bromas —dijo amablemente Shannon—. Todavía nos queda mucho trabajo, muchas cosas que comprobar, antes de ir a visitar a la juez. Esto nos va a llevar días, ya veréis.

—Pero si ya sabemos el nombre de la juez, y ella es la pista...

—Amiguito —dijo Mason—, tendremos que pensárnoslo muy bien antes de ir a ver a esa señora. Demonios, a ver si lo entiendes: es una juez, no una Jenny Bedford. ¿Comprendes?

## CAPÍTULO II

La juez Carol Tolliver vivía en Hialeah, en una graciosa y sorprendente casa de tejado y ventanas rojas situada a la orilla del canal de West 44th Place. Nick Shannon se había procurado esta dirección con la misma cautela con que había realizado otras gestiones referentes al asunto y su evidente conexión con la juez Tolliver.

Pero, con cautela o sin cautela, había llegado el momento de hablar con la juez Tolliver; de modo que allá estaba él, mirando sorprendido la casa desde el coche. La fachada daba a la calle, y la parte de atrás al canal. El jardín era pequeño, bien cuidado y gracioso.

Se apeó del coche, fue a la puerta de la casa, y llamó. Tardó un par de minutos en convencerse de que no había nadie en la casa. Tal vez estuviera en el jardín de la parte de atrás. Pensando esto, Nick rodeó la casa, y llegó a la parte de atrás, donde había una diminuta piscina de aguas azules.

La doctora Tolliver tampoco estaba allí.

Decididamente, no había nadie en...

—Si se mueve lo dejo seco —sonó la voz masculina a la izquierda y por detrás de Shannon.

Éste, simplemente, se quedó inmóvil. Como una estatua. No tenía el menor deseo de contrariar a alguien que, muy posible, tenía un arma en las manos.

La voz sonó segundos más tarde un poco más cerca:

—¿Qué busca usted aquí?

Era una voz bronca, quizá un tanto cascada. Una voz peculiar.

—Estoy buscando a la juez Tolliver —dijo suavemente Nick—. Soy el teniente Shannon, del Departamento de Policía de Miami.

—No me diga.

—Le aseguro que es cierto. Podrá comprobarlo si me permite

mostrarle mi credencial.

—Usted muévase y verá como le meto plomo hasta en las cejas.

—No me moveré. Pero tranquilícese, ¿quiere?

—Cierre su boca de maldito embustero.

Nick cerró la boca. Permaneció inmóvil en todo momento. Casi un minuto más tarde, captó el movimiento a su izquierda, y desvió la mirada hacia allí. Lentamente, el hombre se fue colocando en un campo de visión más cómodo para el policía, hasta que, finalmente, quedó frente a él, apuntándole con una escopeta de caza. Si le disparaba con aquel arma a tan corta distancia podía partirlo en dos.

—Conque policía, ¿eh? —masculló el hombre.

—Así es.

—Ponga las manos sobre la cabeza. Supongo que lleva armas.

—Llevo mi revólver de reglamento, desde luego. En la cintura.

Había colocado las manos en la cabeza, y miraba con curiosidad al agresivo personaje. Debía tener alrededor de cuarenta y cinco años, era alto, fuerte, macizo, de cabellos grises muy cortos. Llevaba gafas de cristales redondos, y tras éstos unos ojos oscuros le contemplaban fijamente. El hombre llevaba unos viejos pantalones de pana, un jersey, y calzaba zapatillas.

Nick captó cierta vacilación en la expresión del desconocido, y supo por qué. Ahora que le estaba viendo mejor tenía sus dudas respecto a que él fuese un indeseable. Atractivo, bien vestido, correcto y seguro de sí mismo, no daba, ciertamente, la imagen de un delincuente. Su imagen solía inspirar confianza y seriedad, y Nick lo sabía perfectamente.

—Bueno —masculló el hombre, tal vez sea usted lo que dice, pero me gustaría comprobarlo. Si lleva la pistola en la cintura, échese la chaqueta a un lado, que yo la vea, y luego déjeme ver su credencial. ¿De acuerdo?

—Con gusto —asintió, inalterable, Nick.

Echó hacia atrás un lado de la chaqueta, dejando al descubierto la funda de la cintura, con la culata del revólver sobresaliendo. Luego, manteniendo la mano derecha sobre la cabeza, sacó con la izquierda su credencial, y la tendió al hombre.

Éste se acercó, la tomó también con la mano izquierda, abrió el estuche de piel, y echó un rápido vistazo.

—Bueno, lo siento —dijo, bajando la escopeta Espero que no me meta en la cárcel por esto.

—Será mejor que deje el arma —sugirió Nick.

El hombre asintió, pero lo que hizo fue colocársela bajo un brazo, y volvió a mirar la credencial de Nick.

—Teniente de Homicidios Nicholas Shannon, ¿eh? Bueno, yo soy Tom Williams, y vivo ahí al lado señaló hacia la casa vecina. —Es que Carol no está en casa, y tampoco su criada, así que cuando le vi merodeando por aquí no me gustó nada.

—Es comprensible, pero debe tener cuidado con las armas, señor Williams.

—No hay cuidado: sé manejarlas muy bien, se lo aseguro. No soy de los que se destrozan un pie limpiando la escopeta. Oiga, lo siento, ¿de acuerdo?

Nick asintió, recuperó su credencial, y se la guardó.

—¿Entiendo que la juez Tolliver está fuera de Miami? —preguntó.

—No, no. Es sólo que algunos días regresa un poco tarde. Especialmente, los días que su criada está libre. Esos días casi siempre cena fuera de casa... —sonrió—. Me parece que no es muy buena cocinera.

—Nadie es perfecto —sonrió también Nick—. Lamento haberle asustado, señor Williams.

—No es fácil asustarme a mí, joven. Pero bueno, está bien. ¿Quiere algún recado para Carol?

—No, gracias. Salvo que eso le cause inquietud a usted prefiero esperarla.

—Pues tiene para rato.

—No importa. La esperaré en el coche. Encantado de conocerle, señor Williams.

—¿De veras? —sonrió irónicamente el otro—. ¡Pues he debido darle un buen susto, teniente!

—Estoy acostumbrado Gracias por sus informes.

Se despidió con un gesto, echó una mirada a la piscina, y regresó al coche. Desde allí vio a Tom Williams cruzando la separación de ambos jardines, y desaparecer por la parte de atrás de su casa. Miró su reloj. Eran las seis y veinte de la tarde.

A las ocho menos diez llegó un automóvil de color crema que se

detuvo frente a la casa de la juez Tolliver, y se apeó de él una espléndida pelirroja, alta, de cuerpo elástico y movimientos ágiles, elegantes. Sacó un par de paquetes y un bolso del coche, cerró éste haciendo algunos malabarismos, y se dirigió hacia la casa. Abrió la puerta y entró.

Nick Shannon esperó un par de minutos, más que nada para reponerse de la sorpresa. Por fin, salió del coche. Segundos después llamaba a la puerta de la casa.

Le abrió la pelirroja.

—Pase, teniente Shannon —dijo amablemente.

El desconcierto de Nick no duró ni medio segundo.

Vio el teléfono en el vestíbulo, y comprendió: el señor Williams había atisbado la llegada de la juez Tolliver, y se había apresurado a advertirla por teléfono. Aunque... ¿era aquella pelirroja la juez Tolliver?

—¿Juez Tolliver? —murmuró Nick.

—Desde luego. Entre. Creo que me ha estado usted esperando dos horas.

—Hora y media casi exacta.

—Lo siento. Bien... —Carol Tolliver cerró la puerta—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Café, tal vez?

—Sí, gracias.

Ella se volvió, encaminándose hacia la salita. Tenía unas piernas despampanantes. El cabello, suelto y alborotado, era una maravilla. La cintura era delgada, flexible; y las caderas, vibrantes y firmes, le parecieron perfectas a Shannon.

Se fue tras ella, que señaló un sillón.

—Siéntese, por favor. Si me disculpa un par de minutos dejaré las compras en la cocina y prepararé el café. Puede fumar, si lo desea, no me molesta.

—Es usted muy amable.

Carol Tolliver se quedó mirando a Nick Shannon con cierta chispita divertida en sus verdes ojos. Divertida, curiosa, y visiblemente aprobativa. Acabó por sonreír, y abandonó la salita. Regresó tres minutos más tarde, se sentó frente a Nick, y le contempló amablemente.

—El café estará enseguida. ¿No fuma usted?

—Me pareció más correcto esperar, para invitarla.

—Yo no fumo, teniente.

—Entonces yo tampoco voy a fumar ahora. Bien, juez Tolliver, me pregunto si usted va a interpretar adecuadamente mi decisión de visitarla de modo particular. Quiero decir que me pareció menos molesto que ir a verla a su despacho.

—¿Qué es lo que ocurre?

Nick se miró un instante las manos. Luego preguntó:

—¿Le suenan a usted los nombres de Silvan Adams y Albert Ryder?

—Sí.

—¿De veras? Bueno, sé que ambos fueron juzgados por usted hace un tiempo, pero pensé que no los recordaría.

—Tengo una memoria excelente. Recuerdo muy bien esos dos casos. Gente malvada, se lo aseguro. Estoy convencida de que sus condenas fueron injustas.

—¿Perdón? ¿Injustas?

—Merecían mayor castigo.

—Ah, entiendo. No obstante lo cual, primero uno y luego el otro se las arreglaron para salir de la prisión a la que usted les envió.

—Teniente, yo no envío a nadie a sitio alguno: los envía la Ley, a la que represento.

—Sí, eso he querido decir, por supuesto. Imagino que no estaría usted muy conforme con el hecho de que, después de ser condenados por usted..., por la Ley, quiero decir, esos dos hombres consiguieran una revisión de su caso y fueran puestos en libertad. ¿O quizá no se enteró de esto?

—Me enteré. Incluso sé que Silvan Adams fue asesinado..., en circunstancias extrañas. Espere un momento... ¿Es usted el teniente Shannon que está investigando el caso de los cadáveres con las manos cortadas?

—Así es.

Carol Tolliver estuvo unos segundos mirando fijamente a Nick. Por fin, murmuró:

—¿El cadáver que fue hallado el sábado por una lancha guardacostas... es el de Albert Ryder?

—Permítame expresarle mi admiración por su facilidad deductiva, juez Tolliver.

—Era muy fácil. Que yo sepa, en este caso solamente se había

identificado el cadáver de Silvan Adams, pero usted me ha preguntado también por Albert Ryder, de modo que he pensado que él podría ser el último hallado con las manos cortadas. El del tatuaje... ¿Fue identificado gracias al tatuaje?

—Sí.

—Claro. Es curioso, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de que los únicos dos cadáveres identificados en este asunto correspondan a dos hombres que fueron juzgados por mí. ¿Quería usted preguntarme algo al respecto?

—Me está usted facilitando mucho las cosas, francamente.

—Lo celebro. Oh, el café... Perdone.

Carol Tolliver deleitó nuevamente a Nick Shannon con la exposición de sus piernas y el balanceo de sus caderas. Regresó al poco con el café, lo sirvió, y dijo:

—Está bien, fumaré un cigarrillo con usted.

—No es mi intención arrastrarla al vicio.

Carol Tolliver emitió una sonora y cristalina carcajada, que dejó maravillado a Nick. Ya encendidos los cigarrillos de ambos, el policía bebió un sorbo de café.

—Es decir —dijo de pronto Carol Tolliver—, que de un modo y otro usted presiente alguna relación entre esas muertes y yo.

—La verdad es que no tenemos otra pista. Espero que comprenda que me aferre al único dato... llamativo del caso. Al repasar los expedientes me sorprendió la coincidencia de detalles en Adams y Ryder: los dos habían sido juzgados por usted, y condenados con merecida severidad; los dos consiguieron más adelante salir en libertad: y los dos están muertos ahora, y con las manos cortadas del mismo modo. Además, Balística ha informado que, también en el caso de Albert Ryder, como en el de Adams y los tres que aún no han sido identificados, se utilizó el mismo revólver del 38. Sabemos, pues, que el asesino es el mismo en los cinco casos.

—¿Cree usted que si se llegara a identificar de algún modo a los otros tres muertos resultaría que también habían sido juzgados por mí, teniente?

—A decir verdad, estamos trabajando en ello.

—¿De qué modo?

—Estamos buscando los nombres de todos los sujetos de características parecidas a Adams y Ryder que fueron juzgados por usted, a fin de rastrearlos. Puede que sigan en la cárcel, pero también se me ha ocurrido que, como en los casos de Adams y Ryder, consiguieran una revisión de su caso, y, acto seguido, ser puestos en libertad.

—¿Y posteriormente asesinados y privados de sus manos?

—Podría ser. Lo cierto es que tenemos cinco cadáveres así, tres de los cuales todavía no han sido identificados. Pero si rastreamos a todos los que usted condenó, quizá echemos en falta tres de ellos..., y quizá eso fuese un dato a tener en cuenta para la identificación *a posteriori* de los tres que no sabemos quiénes son.

—Entiendo. ¿Por qué no he sido informada de esta investigación sobre mis casos sentenciados, teniente?

—Lo estoy haciendo ahora. No me pareció conveniente molestarla hasta tener una cierta seguridad.

—De manera que usted, en definitiva, cree que esos cinco cadáveres corresponden a hombres que fueron juzgados por mí.

—En dos casos así es, juez. ¿Por qué no en los 4 restantes?

—Eso sería mucho más que coincidencia, ¿verdad?

—Yo diría que nadie lo admitiría como coincidencia.

—Desde luego que no. Pero, en fin... ¿qué espera usted que yo le diga al respecto?

—No lo sé. Pensé que quizá se le ocurriría alguna idea.

—Estoy... sorprendida y casi asustada, pero no se me ocurre ninguna idea, lo siento.

—Comprendo que en estos momentos esté un poco aturdida. Más adelante tal vez se le ocurra algo. Si así fuese por favor, no deje de avisarme. Llame al Departamento, y allí me localizarán. ¿Cuento con ello?

—Naturalmente. Reflexionaré sobre ello.

—Muchas gracias. Y gracias por el café.

—¿Ya se va?

—Yo todavía no he cenado —sonrió Nick—. Y me espera una larga noche de trabajo, repasando sus casos en busca de alguna información útil. De todos modos hay una cosa que lo simplifica: tanto Adams como Ryder eran... canallas de cuidado. Quiero decir que nos ceñiremos a buscar sujetos de esta clase, no comparecientes

por pleitos y delitos menores. Luego, cuando tengamos la lista de esos delincuentes importes, procederemos a rastrearlos.

—Me parece que la sola confección de esa lista le va a dar a usted mucho trabajo, teniente.

—Eso me temo. Así que...

—Tal vez yo podría ayudarle. Tengo en mi despacho una especie de diario donde anoto de modo particular los casos más importantes que he juzgado. Me ha resultado muy útil en muchas ocasiones. Si le facilito esos datos resumidos usted podría ir directamente a los expedientes en cuestión.

—La verdad es que no me atrevía a pedirle nada semejante, juez.

—Pero yo se lo ofrezco... —sonrió Carol—. ¿Acepta?

—¡Naturalmente! Y muy agradecido. Mis compañeros y yo llevamos ya cuatro días metiendo narices en papelotes, y estamos... Bueno, he querido decir en documentos, usted entiende.

—Sí —rió Carol—, entiendo, no se preocupe. ¿A las diez de la mañana?

—Seré puntualísimo. Y gracias de nuevo, juez.

—Teniente: ¿puedo pedirle un favor?

—Por supuesto.

—Deje de llamarme juez. No estamos en la sala.

—Oh, bien... ¿Cómo debo llamarla?

—¿Qué le parece señorita Tolliver? No suena mal, ¿verdad?

—No —sonrió Nick—... Al contrario, suena muy bien. Bueno, francamente, no esperaba encontrar... Es usted muy joven para ser juez, ¿no?

—Debo tener dos o tres años menos que usted, nada más.

—¿Veintinueve?

—Le acompañaré a la puerta —rió una vez más Carol.

Segundos más tarde Carol Tolliver abrió la puerta, y tendía la mano a Nick, que la estrechó con cierta cautela.

—Hasta mañana —murmuró.

—Hasta mañ... ¡Señor Williams! —Respingó Carol—. ¡Dios mío, qué susto me ha dado!

—Lo siento... —masculló Tom Williams, dejándose ver ya completamente ante la puerta—. Lo siento de veras, Carol. ¿Todo está bien?

—Por supuesto que sí.

—Bueno, me alegro.

Nick Shannon miraba impávido a Tom Williams, que de nuevo se dedicaba a pasear su escopeta de caza. Pareció a punto de decir algo, pero desistió de ello. Murmuró un buenas noches y se dirigió hacia su coche.

Ya ante el volante, todavía vio a Williams conversando con Carol Tolliver, que miraba hacia él. Nick puso el coche en marcha, y partió.

La perspectiva de ahorrarse una noche de aburrido y pesado trabajo le parecía magnífica.

Pero todavía le parecía más magnífica la otra perspectiva: la de volver a ver dentro de pocas horas a la juez Tolliver, la cual, entre otras muchas virtudes que sin duda tenía, poseía la de no utilizar tejanos.

«Supongo —reflexionó Shanon— que no estaría serio en un juez».

### CAPÍTULO III

Ella le tendió la mano, que él estrechó con aquella cierta cautela.

—Creí que vendría usted solo, teniente —dijo.

—Gracias a su amabilidad espero conseguir pronto algo que nos sirva para trabajar de un modo positivo, por fin —pareció disculparse Nick—, así que me ha parecido conveniente contar con ayuda. Le presento al sargento Mason y al detective Ashe.

—¿Qué tal? —le sonrió Carol—. Espero serles realmente de utilidad.

—Con seguridad que sí, juez —dijo Mason.

Ashe no dijo nada. Todavía estaba mirando pasmado a Carol Tolliver. Tanto, que Mason terminó por darle un codazo que no fue todo lo disimulado que habría sido de desear. Carol lo captó, y rió quedamente.

—Perdonen un momento —pidió—. Voy a darle unas instrucciones a mi secretaria y vuelvo enseguida.

Salíó del despacho, y Ashe tocó a Nick con un dedo en un brazo.

—Teniente: ¿seguro que es ella?

—Eso parece —sonrió Nick.

—Pues parece una chica de portada de revista... ¡de revista seria, naturalmente! Pero... Bueno...

—Está como un tren —dijo Mason—. ¿Por qué no decirlo?

—Caray —no salía de su asombro Ashe—, ¡tiene que ser muy lista! Para ser juez a su edad...

Carol había salido de su despacho por la puerta que comunicaba con el antedespacho, donde se hallaba su secretaria, y por el cual habían entrado los tres poco antes. Había otra puerta al fondo, que comunicaba con los pasillos que conducían directamente desde los despachos de los magistrados a las salas. Esta puerta se abrió, y entró un hombre, diciendo:

—Carol, tenemos hoy...

No dijo más. Se quedó mirando desconcertado a los tres hombres. Luego miró alrededor, como si esperara ver a la juez Tolliver jugando al escondite...

—La juez Tolliver está con su secretaria —dijo Shannon—. Regresará enseguida, espero.

—Ah, bien... Gracias. No sabía que tenía visita, perdonen.

—No hay cuidado, señor Kendall.

—¿Me conoce usted? —Alzó las cejas el otro.

—Elmer Kendall, fiscal furibundo —sonrió Nick—. Evidentemente, usted no se ha fijado nunca en mí, pero yo sí en usted. Incluso le he proporcionado buena parte de su trabajo. Soy Shannon, de Homicidios.

Elmer Kendal se dio una palmada en la frente.

—¡Pero claro que sí...! —exclamó—. Teniente Nick Shannon, ¿no es cierto? Perdone mi despiste, pero venía pensando en otras cosas. Desde luego que le recuerdo, teniente. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. Sargento Mason, detective Ashe.

—Hola —les sonrió Kendall—. ¿Han venido a ver a Carol..., a la juez Tolliver?

—En efecto.

—Entonces, me veo obligado a pedirles un favor: ¿les importaría que hablase antes con ella un par de minutos? Les aseguro que es urgente.

—Ningún problema, señor Kendall.

—Gracias... —Kendall frunció el ceño—. Sí, claro: Shannon. Es por todo esto de los cadáveres sin manos, ¿verdad? Ya noté que Carol estaba un poco nerviosa desde el lunes. Como es natural, ella también tuvo que darse cuenta de ciertas coincidencias.

—¿Se dio usted cuenta, señor Kendall?

—Por supuesto. Pero no quise comentar nada con Carol al respecto. La vi demasiado disgustada.

—Me temo que yo no he tenido tanto tacto como usted. No he tenido más remedio que pedirle ayuda a la juez.

—Es comprensible. Maldita sea, me gustaría sentar en el banquillo al chiflado que está haciendo todo eso. Y si no recuerdo mal lo que se dice de usted, teniente, parece que tengo muchas posibilidades. Usted encuéntralo, que yo lo enviaré al infierno para

siempre.

—Estamos trabajando en eso —murmuró Nick.

—Ya, ya. ¿Tenemos buenas pistas?

—Sólo un punto de partida.

—A veces es suficiente. ¿Podría yo ayudar en algo? Si lo desea podemos tener un cambio de impresiones en cualquier momento.

—Por ahora no es necesario, pero recordaré su oferta. Gracias.

Elmer Kendal asintió, y quedó pensativo, fruncido el ceño. El que con más curiosidad lo miraba era Johnny Ashe. Elmer Kendall era un hombre alto, de elegante estilo, de unos treinta y cinco años. Un atleta atractivo de rizado cabello rubio y un bigotito que a Ashe le pareció más bien absurdo. Los ojos de Kendall, de un azul frío, parecían ahora como velados, pero de pronto recuperó su expresión de alerta, penetrante, y miró a Shannon.

—Tal vez siguiendo los pasos de Albert Ryder durante los últimos días consiguiéramos algo, teniente.

Johnny Ashe frunció el ceño. ¡Vaya tipo presuntuoso! ¿Le iba a decir nada menos que a Nick Shannon lo que tenía que hacer?

La respuesta de Nick fue cortés, como siempre.

—Le aseguro, señor Kendall, que mis hombres y yo no descuidamos ninguna pista.

—Caramba, no he querido decir eso. Era una sugerencia... Una tonta sugerencia, claro: ustedes saben más que yo de esa clase de investigación. Pero me gustaría ayudar incluso antes de sentar en el banquillo al loco. Dígame de qué datos disponemos y me pondré manos a la obra.

—Me temo que todavía no podría facilitarle datos concretos, señor Kendall.

—Bueno, pero tenemos esa coincidencia, ¿no? Dos de los muertos identificados fueron juzgados por Carol... ¿No le parece extraño?

Nick Shannon se limitó a parpadear. En aquel momento regresó Carol Tolliver, que pareció sorprendida al ver a Kendall.

—Elmer, buenos días. ¿Teníamos cita?

—No, no —la miró él intensamente—, pero está lo del caso Forbes. He pensado que antes de salir a la sala...

—¿El caso Forbes? Eso es para mañana, Elmer.

—No, no. Es hoy. —Kendall sonrió—. Acabo de llegar y quería...

—Te aconsejo que pongas al día tu agenda —sonrió Carol—: el caso Forbes es para mañana.

Elmer Kendall no discutió más. Sacó una pequeña libreta de un bolsillo interior, la abrió, miró unas anotaciones, miró la fecha en su reloj de pulsera, se guardó la agenda, y dio media vuelta, hacia la puerta por la que había llegado. Se volvió desde allí.

—Es que anoche me acosté tarde repasando unos precedentes... Ya nos veremos luego. Teniente, ya sabe: si puedo hacer algo...

—Lo tendré en cuenta, señor Kendall. Gracias de nuevo.

El fiscal se marchó. Mason y Ashe cambiaron una mirada. Carol fue a sentarse tras su mesa, y abrió con una llavecita uno de los cajones laterales. Sacó una libreta grande, de tapas de piel, la puso sobre la mesa, y miró al impávido Shannon.

—Como le dije anoche, teniente, estas anotaciones son particulares, recordatorios personales, pero nos serán útiles. Lo que no se me alcanza muy bien es cómo podremos trabajar cuatro personas con la libreta, al mismo tiempo.

—Nosotros vamos a dar una vuelta y volvemos —dijo Mason.

Ashe le miró estupefacto, y fue a decir algo, pero Mason le tomó del brazo, y casi lo sacó a rastras del despacho. Hubo unos segundos de silencio en éste. Luego, Nick señaló una de las paredes, alegremente empapelada.

—Supongo que todos esos diplomas son suyos, juez.

—Así es. Se podría decir que colecciono diplomas, ¿verdad?

—Cada uno colecciona lo que puede. Yo colecciono mariposas.

Carol se sorprendió. Luego, frunció el ceño. Se imaginó a Shannon clavando mariposas en tableros, y evidentemente la idea no le hizo ninguna gracia, porque su amable gesto se enfrió visiblemente.

—¿De veras?

—Tal vez le parezca una tontería, pero lo cierto es que he recibido muchas felicitaciones por mi colección. Incluso me han ofrecido...

Carol miró su reloj, con gesto seco, cortante.

—Perdóneme, teniente, pero me espera un día muy atareado. Quisiera terminar con esto lo antes posible. Si le parece bien, siéntese frente a mí, le iré leyendo las anotaciones que me parezcan interesantes, y usted irá tomando sus propias notas.

—Muy bien —murmuró Nick.

Ni Mason ni Ashe reaparecieron por el despacho en los casi cuarenta minutos que estuvieron trabajando Carol y Nick, lo que no pareció interesar a la juez ni preocupar al policía. Terminado el trabajo, Shannon agradeció a la juez su colaboración, le aseguró que la iría teniendo al corriente de sus investigaciones basadas en esas notas, y se despidió con su habitual cortesía. Estaba abriendo la puerta del antedespacho cuando ella le llamó.

—Teniente.

—Diga, juez.

—¿Realmente le divierte pinchar mariposas en una tabla?

Una chispa de ironía pasó por los ojos de Nick Shannon.

—Verá usted, juez, soy soltero y vivo solo, y si bien en ocasiones trabajo a un ritmo que ni siquiera me permite dormir, en otras ocasiones dispongo de un exceso de tiempo que me permite tener ese *hobby*.

—¿No le parece que hay *hobbies* mejores?

—Estoy dispuesto a escuchar sus sugerencias con mucho gusto, juez.

—Bueno... Jugar al tenis, al golf, ir a la piscina, al cine...

—Tres veces por semana acudo a mi club de judo a practicar, para no desmerecer mi cinturón negro, lo que ya llena mi actividad deportiva. En cuanto al cine, también voy, pero sólo cuando sospecho que la película vale la pena de verdad. Incluso veo la televisión con frecuencia.

—Sin embargo, todavía le sobra tiempo para pinchar mariposas.

—Es una actividad tranquila que puede hacerse en casa, y en pijama.

—Hay otras muchas cosas que pueden hacerse en casa y en pijama.

—Sí, lo sé. Pero no solo.

Carol Tolliver enrojeció. Nick Shannon sonrió, y salió del despacho. Saludó con amable gesto a la secretaria, abandonó también este despacho, y salió al pasillo. Mason y Ashe estaban allí. Ninguno de los tres dijo nada.

Dos minutos más tarde, los tres estaban dentro del coche, Shannon en el asiento de atrás. Sacó las páginas en las que había hecho sus anotaciones, y las tendió a Mason.

—Sacad unas cuantas fotocopias y dejadme un par de ellas en mi despacho. La juez y yo hemos seleccionado nueve nombres, dos de los cuales ya conocemos: Albert Ryder y Silvan Adams, Encargaros de saber dónde están los otros siete tipos de la lista. Y cuidado porque son unos canallas de primera categoría.

—¿Sólo nueve casos? —preguntó Ashe.

—La juez hace sólo año y medio que ejerce como tal. Naturalmente, ha atendido otros muchos casos de toda clase, que no nos interesan. Bien, buscadme a esos siete tipos, y naturalmente que os ayuden los que estén disponibles del grupo.

—¿Usted no interviene? —se sorprendió Ashe.

—Tengo otras cosas que hacer. ¿Joe?

—Telefoneó, pero no desde su despacho, pues no le habríamos visto. Utilizó uno de los teléfonos del pasillo.

—¿Pudiste ver el número, algo?

—No —masculló Mason.

Ashe, que miraba desconcertado de uno a otro, exclamó:

—¡Están hablando del fiscal! ¿A qué viene esto?

—Te lo diremos cuando seas mayor —aseguró Mason.

—¡Ya soy mayor! ¡Quiero saber...!

—Hasta la vista —dijo Shannon.

Salió del coche, y regresó al edificio. Diez minutos más tarde, entraba en el despacho del juez Andrews, posiblemente el más veterano de Miami. Sus cabellos eran completamente blancos, y todo su aspecto era del el clásico juez paternal de películas con sentido del humor. Acudió hacia Nick abriendo los brazos.

—¡Demonios de muchacho...! ¡Hace un siglo que no te veo!

—Más o menos —sonrió Nick, correspondiendo al abrazo—. Pero estamos uno al corriente de la vida del otro, ¿no es cierto, Saul?

—Pues no sé tú de mí, pero yo sé que estás triunfando en la Policía. Como tu padre, claro. De todos modos... Gracias, señorita Fellows. Es todo.

La madura secretaria del juez Andrews, que había precedido a Nick al despacho y que se había quedado mirándolo todavía pasmada, reaccionó, se sofocó ligeramente, y salió como si la persiguieran. El juez y el policía se echaron a reír.

—¿Cómo te las arreglas? —se interesó Saul Andrews—. ¡Las

dejas aleladas!

—No a todas.

—¡Falsa modestia! Dime de una sola que se te haya resistido.

—La juez Tolliver, por ejemplo.

Saul Andrewsladeó la cabeza, estuvo mirando unos segundos a Nick, y luego lo tomó de un brazo y lo llevó hacia el sofá. Ya sentado ambos, dijo:

—¿De manera que has hincado el diente en esa parte del asunto? Sé que estás encargado del caso de las manos cortadas, y claro, no se te podía pasar por alto la coincidencia de dos de los casos.

—Pero no soy el único en pensar, eso está claro. Usted y el fiscal Kendall también se han dado cuenta.

—Ah, Kendall. Un buen muchacho. Bien, ¿estás trabajando con Carol Tolliver?

—Hemos iniciado una colaboración, por decirlo de algún modo. Es muy joven para ser juez, ¿no?

—No lo hace mal. Pero ya lo dice el refrán: de tal palo tal astilla. Se diría que la vida de Carol Tolliver y la tuya guardan un considerable paralelismo.

—¿Su padre fue juez?

—Y su abuelo. Y su bisabuelo. Esa jovencita se ha pasado la vida oyendo hablar de leyes y juicios. Malas lenguas aseguran que cuando comenzó la carrera ya la sabía.

—¡Caray!

—Del mismo modo que cuando tú ingresaste en la Policía ya sabías, por tu padre, casi todo lo que se puede saber sobre la delincuencia, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Bueno, supongo que la juez Tolliver tuvo facilidades... extras para conseguir el cargo, considerando sus antecedentes familiares.

—Tal vez eso le diera alguna facilidad, pero lo importante es ella misma. Fue la número uno de su promoción a los veintitrés años. Es una mujer inteligente, Nick. Lo es de verdad. Que su apellido le haya facilitado un poco el camino no significa en absoluto que no merezca estar donde está.

—Entendido. Sin llamarse Tolliver habría tardado unos pocos años más, pero igualmente habría llegado.

—Desde luego. Y además es preciosa y encantadora. Quizá un poco... fanática de la Justicia, pero, como suele decirse, lo mamó.

—¿Fanática?

—Es un modo de hablar. Oye, tu interés por ella, ¿es personal o profesional?

—Ambos. Pero no es de las que se quedan... aleladas.

—Dale tiempo —rió Andrews—. Se me está ocurriendo una idea, Nick. Son poco más de las once... ¿Por qué no me esperas y vamos a almorzar juntos? Me gustaría saber a fondo cosas sobre ese caso tuyo..., si es que puedes hablar de ello, se entiende.

—Con usted, sí.

—Estupendo.

—Volveré por aquí a las doce.

—¡Duro con ella! —rió Saul Andrews.

—No voy a ver a la juez Tolliver... —sonrió Nick—. Sólo voy a darme unas vueltas por aquí. Hasta luego.

Hacia las dos menos cuarto de la tarde Saul Andrews y Nick Shannon se despedían ante el edificio de los juzgados, tras haber almorzado recordando tiempos pasados y cambiando impresiones sobre el caso de las manos cortadas. Nick, que se había quedado sin coche, hizo un último gesto de despedida al viejo amigo, y se dispuso a buscar un taxi para ir al Departamento.

Fue entonces cuando se le acercó el sujeto.

—¿Quiere acompañarme, teniente? Nos gustaría charlar un ratito con usted.

Nick se quedó mirando un par de segundos al desconocido. Luego, lentamente, miró a derecha e izquierda. A uno y otro lado vio a sendos sujetos que parecían no tener nada que ver con el asunto, pero que tenían la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta. Miró al que le había interpelado, y dijo:

—Con mucho gusto.

El otro guiñó un ojo.

—Es usted listo. Un pequeño tiroteo aquí podría causar alguna víctima inocente, ¿verdad? Bueno, vamos al coche..., y no se moleste en mirar la matrícula: lo hemos robado sólo para esta entrevista.

Señaló el coche en cuestión, y Nick se dirigió hacia él, sin comentario alguno. Entró en la parte de atrás, con el otro. De los

dos tipos que había visto antes, uno pasó a sentarse junto a él, dejándolo en el centro del asiento. El otro fue a sentarse junto al conductor. Cuatro hombres. Cuatro tipos de los que, como diría el juez Andrews, él había aprendido a catalogar desde la infancia, oyendo las conversaciones entre su madre y su padre, el fallecido capitán Ronald Shannon.

El coche partió. El sujeto que le había interpelado, dijo:

—Aunque confiamos en su buen juicio preferimos que nos entregue su revólver. ¿Le parece bien?

Nick Shannon no dijo nada. Simplemente, entregó su arma. El otro aprobó con un gesto, y se la guardó.

—Bien, hablemos ahora, teniente. Naturalmente, sabemos hace tiempo que usted anda tras el asunto de las manos cortadas, pero hasta ahora lo hemos visto tan despistado que no ha valido la pena entablar conversación. Ahora, al parecer, usted se está acercando más o menos a una posible solución. ¿Es así?

—Eso espero.

—Nos gustaría que fuese así. Nos gustaría mucho que usted encontrase la solución a este asunto. Sí, sí, no se sorprenda: nos gustaría de veras.

—Procuraré complacerles.

—Espléndido. A decir verdad, nos gustaría poder ayudarle directamente en esa investigación, pero ni disponemos de sus medios de investigación ni de contactos con personas que pueden ayudarnos, ni, mucho menos, queremos ponernos en evidencia. Así que hemos pensado que usted nos ayude.

—¿De qué modo?

—Teniéndonos al corriente de los resultados de sus investigaciones. Le iremos llamando a su apartamento o a su despacho del Police Departament. Para que nos identifique, utilizaremos los nombres de... Bueno, digamos que seremos Grant, Lincoln, Washington y Truman. ¿Le parece bien?

—Estoy de acuerdo.

—Espléndido, espléndido. Ya teníamos noticias de que es usted un hombre frío e inteligente. Y parece que es cierto que no resulta fácil alterarle. Nosotros, de verdad, nos alegramos de que tenga los cojones tan bien puestos.

—Gracias.

—Bueno —rió el otro—. Seguramente, le llamaré yo, que soy Grant. Ah, una cosa: queda bien entendido que la información que deseamos nos la facilitará usted antes de hacerla pública o tan siquiera oficial. Es decir, que antes de comunicar sus pesquisas satisfactorias a sus jefes o a la prensa, por ejemplo, esperará a haber hablado conmigo, con Washington, Lincoln o Traman. Me he explicado, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Y está conforme?

—Por supuesto.

—Sé que es usted demasiado listo para hablarle con amenazas y truculencias, pero nunca está de más hacerle una advertencia: será mejor que nos obedezca, porque de lo contrario nos obligaría a darle una lección que podría ser definitiva. Piense en ello: usted no sabe dónde encontrarnos a nosotros, y nosotros, en cambio, podemos saber en cualquier momento cómo localizar al teniente Shannon. No le gustaría que lo llenásemos de plomo, ¿verdad?

—No, no me gustaría.

—Perfecto. Vamos al *parking*, Truman.

El conductor asintió, dio la vuelta a la manzana, y metió el coche en un estacionamiento público. Bajó a la segunda planta, buscó una zona apartada del casi solitario lugar, y detuvo el coche en uno de los rectángulos señalizados.

—Le vamos a dejar aquí, teniente —dijo Grant—. Pero antes quiero decirle todavía otra cosa: no me gusta usted.

—¿Por qué?

—Tiene demasiada personalidad, es demasiado orgulloso y altivo. Sé que está aceptando todo lo que le digo para que le dejemos en paz. Nos está tratando como a perros a los que no conviene hacer enfadar, y luego irá en busca del látigo. Eso no me gusta.

—Todo se lo dice usted.

—Sé que estoy en lo cierto. Así que lo repetiré: si usted no hace lo que le he dicho, lo mataremos.

—Lo he entendido. ¿Puedo hacer una sola pregunta?

—Hágala.

—¿Ustedes no han tenido nada que ver con esos asesinatos?

—No.

—Entonces, ¿cuál es su...?

—Ha dicho una sola pregunta, y ya la ha hecho, y ha tenido su respuesta.

—Muy bien. ¿Me devuelve mi arma?

—Salgamos del coche. Todos.

Fue el primero en salir. Nick lo hizo en pos de él. En un instante, se encontró rodeado por los cuatro hombres. Grant dijo:

—Quiero que no olvide esta conversación, teniente, de modo que le dejaremos unas contraseñas en ese sentido. Sujetadlo.

Nick Shannon ni siquiera opuso resistencia cuando uno de los sujetos le agarró por los cabellos desde atrás, y los otros dos por los brazos, uno a cada lado. Grant sacó un guante de piel vuelta, se lo puso parsimoniosamente, y acto seguido, sin más explicaciones, descargó un tremendo puñetazo en el estómago de Nick. Éste apretó las mandíbulas, y el chorro de aire salió con fuerte sonido por sus fosas nasales. Eso fue todo. Grant palideció de rabia, y volvió a golpear, en el mismo sitio. El resultado fue el mismo. El siguiente golpe fue dirigido al rostro del policía, le acertó en la nariz, y le arrancó un chorro de sangre. Otro golpe le acertó en un pómulo. Siguieron tres más al estómago, y, para terminar, Grant le propinó un puntapié entre las ingles. Los otros tres soltaron a Shannon, que cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo. Grant le aplastó una de ellas con un pie, haciendo barrena, y Nick cayó de costado al retirarla.

—Lo dejaremos así por hoy —jadeó Grant.

Sacó el revólver de Nick, retiró las balas, y tras limpiar con su pañuelo sus huellas digitales, dejó caer el revólver al suelo y lo alejó de un puntapié.

—Piénselo bien, teniente —dijo—: esto es sólo una muestra.

Desde el suelo, con la sangre chorreando desde su nariz, Nick Shannon lo miró, y eso fue todo. Simplemente, posó la mirada de sus oscuros ojos en el matón.

Los cuatro hombres subieron al coche, maniobraron, y se dirigieron hacia la salida.

—La madre que le parió —masculló Washington—... ¡Ni siquiera ha gritado una sola vez! No ha dicho ni pío. ¡Yo estaría sin sentido!

Grant quedó con la mirada perdida. De pronto, murmuró:

—Hemos debido matarlo.

—No eran ésas las órdenes. No te compliques la vida.

Pero Grant, recordando la mirada del policía, insistió:

—Hemos debido matarlo. O no meternos con él.

Sentado ahora en el suelo, Nick Shannon vio desaparecer el coche rampa arriba. Se puso en pie, se acercó a su revólver, y lo recogió. Luego, se limpió la sangre de la cara con el pañuelo, se arregló la ropa, y se encaminó hacia la salida del estacionamiento.

## CAPÍTULO IV

La puerta del apartamento se abrió, y la silueta de Nick Shannon se recortó contra el fondo de luz de una sola pantalla de pie situada a la izquierda de la salita que, a nivel más alto, era también recibidor.

—Juez Tolliver —murmuró Nick.

—Buenas noches, teniente. ¿Puedo pasar?

—Bueno... No me parece... ¿Le ocurre algo?

—Yo le ofrecí café, ¿recuerda?

Nick quedó como si no hubiera oído. Luego, se apartó, y Carol Tolliver entró en el apartamento, con su felino caminar.

—Escuche usted —dijo—: convinimos que me tendría al corriente de... ¡Dios mío!

Nick había cerrado la puerta, y se había vuelto hacia ella. Carol vio la hinchada nariz, y el inflamado corte del pómulo cubierto de mercurcromo.

—Si no recuerdo mal —dijo suavemente Nick—, esta misma mañana la llamé por teléfono a su despacho para pasarle el informe diario.

—Sí,

pe-pero...

yo esperaba... No sé, me ha dado la impresión de que desdeñaba usted perder el tiempo informándome personalmente, y eso me ha irritado... Santo Dios, ¡¿qué le ha pasado en la cara?!

—Ayer por la tarde tropecé con una puerta. Bien: ¿quiere café?

—¿Con una puerta?

—Nunca he preparado café con puerta —gruñó Nick.

—¿Tropezó con una puerta? ¡No me lo creo!

—Allá usted. Bueno, si todo lo que quería era de mostrarme su orgulloso enfado, ya lo ha hecho, juez.

—Le recuerdo que no estamos en la sala.

—Tampoco estamos en el Departamento, y usted me llama teniente. Mire, señorita Tolliver, estoy muy ocupado...

—¿Pinchando mariposas?

—Tal vez. O quizá, siguiendo su sugerencia, me he buscado otra clase de distracciones caseras que pueden realizarse en pijama.

Carol Tolliver miró hacia el fondo del apartamento, y luego de nuevo a Nick, que no estaba en pijama, sino simplemente en batín. Un corto batín de corte oriental.

—No es cierto que tenga una chica en casa —sonrió Carol.

—Entonces, ¿un hombre?

—¡Todavía menos! —rió por fin ella—. Dígame la verdad: ¿qué le ha ocurrido? Oh, y desde luego acepto el café.

—Pero sin puerta —gruñó Nick.

—Mire, si tanto le molesta mi visita, me voy, ten... señor Shannon.

—A mí no me molesta que me llame teniente: lo soy. Eso aparte, estoy acostumbrado a que me llamen teniente o Nick a secas. Menos mi madre, que me llamó toda su vida Nicholas.

—¿Me voy o me quedo a tomar café?

—Iré a la cocina a prepararlo.

—Le ayudaré.

—Claro que no. Prepara usted el café pésimamente.

—¡Eso no es cierto!

Nick frunció el ceño.

—Es cierto. Y sé, además, que es una cocinera pésima.

—¡Pues no pareció que mi café le disgustase!

—Soy una persona educada. Escuche, señorita Tolliver, yo mido metro ochenta y dos, soy más bien rubio, tengo los ojos oscuros, y soy teniente de Policía. Usted mide metro setenta, es pelirroja, tiene los ojos verdes, es juez, y no sabe cocinar ni preparar el café. ¿De acuerdo?

—Las cosas claras, ¿eh?

—O lo toma o lo deja, pero, en efecto, las cosas claras.

—Tomaré ese café.

—De acuerdo. Siéntese donde quiera. Bueno, supongo que sabe usted que son casi las diez de la noche.

—¿Cuál es el problema?

Nick movió la cabeza, y, sin más, se fue hacia la cocina. Regresó

minutos más tarde, ya con el café preparado. Sentada en un sillón, Carol Tolliver le miraba fijamente. Él sirvió el café para ambos, le entregó una taza, y se sentó frente a ella. Carol Tolliver soltó una de sus carcajadas.

—¿Y ahora? —La miró Nick.

—El mundo al revés. Debería ser yo quien enseñara las piernas al sentarme, pero es usted quien las está enseñando. Ese batín es muy indiscreto. Y sus piernas son muy peludas.

—Oiga usted...

—Las cosas claras, ¿no? Sus piernas son peludas, y punto.

—Está bien, me debe una exhibición de piernas —dijo Nick, arreglándose el batín para ocultar en lo posible las suyas—. ¿Qué es lo que quiere usted saber que no le dijera ya por teléfono?

—Me gustaría escucharlo ahora, cara a cara.

—Estamos trabajando con su lista. De los nueve hombres que anotamos, dos de ellos ya aparecieron muertos, así que vamos a por los otros siete. Por ahora ninguno de ellos ha sido localizado, salvo, naturalmente, los dos que permanecen en la cárcel: Lewis Rusk y Alex Combs.

—Es decir, que hay cinco hombres que fueron condenados por mí y que posteriormente fueron puestos en libertad al revisar su caso. Salieron de la prisión..., pero no aparecen por parte alguna. ¿Es así?

—Por ahora, es así. Ya los encontraremos.

—A menos que esos cinco hombres también hayan sido asesinados y privados de sus manos. Quiero decir que de esos cinco tres pueden ser los cadáveres no identificados que nos quedan.

—Así están las cosas, ni más ni menos.

—Su café es mejor que el mío.

—Desde luego.

—¿De dónde sacó que yo no sé cocinar?

—Me lo dijo su irascible y vigilante vecino, el señor Williams.

—¡Nunca creí que Tom me traicionara de ese modo!

—¿Por qué no?

—Me quiere demasiado. Se pasa la vida temiendo que me ocurra algo. Dice que los jueces somos muy propensos a ser víctimas de venganzas.

—¿Y eso no la preocupa a usted?

—La Ley debe cumplirse, señor Shannon.

—Desde luego. Y usted y yo dedicamos nuestras vidas a eso, lo que resulta muy satisfactorio, ¿no es cierto?

—No siempre. Dígame la verdad: ¿qué le ha pasado en la cara?

—Cuatro tipos la tomaron conmigo. Querían que les fuera informando con prioridad absoluta de todas mis investigaciones sobre el caso.

—No comprendo —se desconcertó Carol.

Nick Shannon lo explicó, de no muy buena gana, pero con toda claridad. Cuando terminó, Carol preguntó:

—Pero... ¿quiénes eran?

—Grant, Lincoln, Wasghington y Truman, ya se lo he dicho. No sé nada más. Pero quizá pronto sepa algo. Dicté sus rostros, y tenemos ahora unas fotos robot que quizá nos sirvan de algo. Tengo a mis hombres trabajando a toda presión. Yo estoy aquí hasta que se me baje la inflamación de la nariz. No queda bien un policía con la cara hinchada.

—¿Para qué pueden querer esos hombres la información?

—No lo sé. Pero pienso. Quizá se me ocurra alguna idea.

—¿Les obedecerá usted, les dirá lo que vaya sabiendo?

—Claro que no.

—Entonces... ¡querrán matarle!

—Eso dijeron. Y me lo han vuelto a decir hace una hora, cuando me han llamado para preguntarme cómo iban mis investigaciones. Y si va a decir usted alguna genialidad sobre tener intervenido mi teléfono para saber desde dónde llaman, olvídelo: llaman desde una cabina pública. Y el coche era robado, por supuesto. En cuanto a ellos, creo que ni siquiera son de Miami.

—En ese caso no parece que vaya a ser fácil encontrarlos.

—Tengo algunas ideas que estoy estudiando. ¿Desea saber algo más?

—¿Me está pidiendo que me marche?

—No creo que le quede a usted nada por hacer aquí. A menos que quiera ver mis mariposas.

—No. No, no.

—En tal caso, la visita ha terminado.

Nick Shannon se puso en pie. Carol titubeó, y acabó por hacer lo mismo. Él recogió su bolso, y se dirigió con él hacia la puerta, que

abrió. Ella recogió el bolso, y se quedó mirándolo.

—Debe dolerle mucho la nariz —murmuró.

—Sólo cuando respiro. Buenas noches.

—¿De verdad le duele mucho?

—No. Estoy acostumbrado a los golpes. Adiós.

—Bueno... Espero que se alivie.

—Gracias.

—En fin...

—Adiós, señorita Tolliver.

—Adiós —murmuró Carol, bajando la cabeza.

Salió del apartamento. Nick cerró la puerta, recogió el servicio del café, y lo llevó a la cocina. La llamada sonó en la puerta del apartamento. El policía fue a abrir. Se quedó mirando con hosca expectación a Carol Tolliver.

—¿Olvidó usted algo?

—Yo... Bueno, creo que quisiera... ver sus mariposas.

Nicholas Shannon se quedó mirándola fijamente. Hizo un gesto, ella entró, y él cerró la puerta. La tomó de un brazo, cruzando la salita, y a los pocos segundos entraron en el dormitorio, del cual Nick sólo encendió la lamparita de noche. Regresó ante la juez Tolliver, la abrazó por la cintura, y dijo:

—Que conste que tú lo has buscado.

—Sí —sonrió ella.

—Las cosas claras.

—Sí, Nick.

—De acuerdo.

La atrajo, y ella se abrazó a su cuello y ofreció la boca. Nicholas Shannon sintió como un estampido caliente dentro de su cuerpo cuando hundió sus labios en los de Carol Tolliver. Pero a ella no debió irle mucho mejor, porque se estremeció fuertemente, y sus manos se crisparon en la nuca de él.

Durante más de tres minutos todo fue beso, en un silencio total, aunque ambos tenían la sensación de que los latidos de su corazón debían oírse en toda América. Por fin, Carol apartó su boca, y jadeó:

—Dios mío...

—¿Algo va mal? —susurró Nick.

—¡Me he enamorado de un hombre que pincha mariposas! Me he pasado veintiocho años estudiando, me enamoro por primera

vez, ¡y tú eres un... un maldito pinchamariposas!

—Pero también me he enamorado de ti. Tómallo o déjalo.

Carol Tolliver suspiró. Luego, despacio, comenzó a desnudarse.

—¿Estás bien? —susurró Nick.

—Mejor que nunca. ¿Y tú?

—Preocupado. Me pregunto qué sentencia puede caerle a un tipo que ha seducido a un juez.

Carol se echó a reír.

—¡No será superior a la que pueda caerle a una tipa que haya seducido a un policía! —exclamó.

—Entonces, los dos estamos perdidos.

—¡Oh, Nick, te quiero! —Carol se abrazó a él—. ¿Qué vamos a hacer?

—Me parece que tú eres de la vieja ola, así que me temo que no tendremos más remedio que casarnos.

—No tienes por qué considerarte obligado. Mi vida sexual y afectiva es mía, no pertenece al juzgado. De todos modos —le miró maliciosamente—, no está bien que un juez tenga un amante.

—Tal vez no esté bien, pero es agradable. ¿O no?

—Ya lo creo que sí —susurró Carol Tolliver, acercando su boca a la de Nick Shannon.

Dicen que lo bueno está en la repetición.

Nick estaba en la cocina preparando el desayuno cuando Carol apareció, envuelta en una toalla y con el húmedo cabello recogido.

—¿Te habías duchado antes con una mujer? —preguntó.

—Bueno...

—Las cosas claras, recuerda.

—Entonces, sí.

—¡Pues que no vuelva a suceder! —amonestó la juez.

—¿Ni siquiera contigo?

—Oh, conmigo sí... —Ella se acercó a él, que estaba en albornoz, y se le abrazó—. Se nos ha hecho muy tarde a los dos. Tendré que ir directamente al trabajo desde aquí. ¿Me enseñarás a cocinar?

Nick sonrió, tomó el rostro de Carol entre sus manos, y la besó en la boca. Luego en el cuello, y después, tras quitarle la toalla, la besó en un pecho... Carol se retiró vivamente.

—¡Nick! ¡No tenemos tiempo! ¡Dame esa toalla!

—Cuando vaya contando por ahí lo bueno que está el juez nadie va a creerlo.

—¡No harás semejante cosa! ¡Dame la toalla!

El teléfono sonó en aquel momento, y Carol giró y fue hacia él. Nick puso cara de espanto.

—¡No contestes tú! ¡Deja que...!

—¿Diga? —Estaba ya atendiendo la llamada Carol.

—No, no se ha equivocado —rió Carol—. Es usted el sargento Mason, ¿verdad?

—Pues no se ha equivocado. El teniente está aquí.

Nick dejó caer la toalla, y se llevó las manos a la cabeza. Carol rió, dejó el auricular en el soporte de espera, y se acercó a recoger su toalla, con su felino caminar que hizo vibrar de modo fascinante sus senos. Nick resistió esta tentación, y se hizo cargo de la llamada.

—Dime, Joe.

—¿...?

—No, hombre, no. No era su voz. ¿Qué había de hacer aquí la juez Tolliver? Bien, ¿qué ocurre?

—¿...?

—Sí, sí, hoy estoy casi simplemente bien, de modo que iré al Departamento. Dentro de una hora, más o menos. ¿Alguna novedad?

—...

—Pues a mí se me ha ocurrido una idea. Que el resto del grupo siga trabajando en lo mismo de ahora, pero tú y Johnny esperadme ahí. ¿De acuerdo?

—...

—¡Me importa un pito que te haya parecido la voz de la juez Tolliver! Límpiame las orejas, eso es todo. Hasta luego. Maldita sea —exclamó colgando el auricular—: ¿por qué has hecho eso?

—Así tengo un testigo de que he pasado la noche contigo.

—¿Un testigo? Podrías estar de visita, ¿no?

—¿A las siete y media de la mañana? Y a propósito, si vas a ir al Departamento dentro de una hora tenemos tiempo de todo ¿verdad?

A las nueve menos cuarto de la mañana, con retraso sobre el horario prometido a Joe Mason, el teniente Nick Shannon salía

disparado de su apartamento, dejando en él, vistiéndose, a la juez Tolliver.

Ya arreglaba para salir a su vez, Carol decidió echar un vistazo al pequeño apartamento, que no estaba mal, pero que, ciertamente, no era tan confortable ni agradable como su casa en Hialeah.

«Me pregunto si aceptará cambiarse allí o tendré que venir yo aquí», se dijo la bella pelirroja.

El apartamento era en verdad pequeño. Constaba solamente de dos dormitorios, de los cuales Carol conocía solamente uno. Decidió echar un vistazo al otro, cuya puerta estaba cerrada. La abrió, entró..., y lanzó una exclamación. Todo estaba lleno de mariposas.

Pero no pinchadas, sino pintadas.

Dos de las paredes estaban llenas de láminas de mariposas pintadas con colores bellísimos. Junto a la ventana había un tablero de dibujo, y colocada en él otra lámina con tres mariposas ya pintadas y la cuarta bosquejada. A un lado estaba la caja de acuarelas. Durante unos segundos Carol Tolliver estuvo como clavada al suelo contemplando el trabajo de Nick Shannon. Un trabajo delicado, exquisito, magnífico. Se volvió, lentamente, y fue mirando las mariposas pintadas con tal perfección que parecía que fuesen a echarse a volar.

De pronto, la juez dio una patadita en el suelo.

—¡Nick Shannon, eres un tonto! —exclamó.

## CAPÍTULO V

—Pues a mí me pareció que era su voz —dijo Mason.

—No digas disparates.

—Es más: lo jurarla.

—¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz? —Se irritó Nick.

—Tengo muy buen oído. Cuando oigo una voz...

—¡Vete al infierno!

—Pero hombre —dijo Johnny Ashe, mirando hoscamente a Mason—, ¿no comprendes que tienes que estar equivocado? ¿Cómo iba a ser ella?

—¿Por qué no podía serlo?

—A ver, dime: ¿qué haría allí la juez Tolliver, en el apartamento del teniente, a las siete y pico de la mañana?

Mason se quedó mirándolo atónito. Luego, miró a Nick, frunció el ceño, y dijo:

—Es la pregunta más idiota que he oído en mi vida. Te la contestaré cuando seas mayor.

—Caballeros —dijo Shannon—: ¿les parece que nos pongamos a trabajar?

—Vienes tarde y con prisas —refunfuñó Mason—. Está bien, ¿cuál es esa idea que has tenido?

Nick Shannon puso ante él una cuartilla, y escribió rápidamente en ella. Luego, se la tendió a Joe Mason, mientras Johnny Ashe se apresuraba a colocarse junto al sargento para mirarla a su vez. Quedó decepcionado. Shannon había escrito en ella lo que ya sabían, es decir, los nombres de los nueve sujetos que actualmente estaban mereciendo su interés.

De este modo:

1. Rex Bardon. Paradero ignorado.
2. Silvan Adams. Muerto.
3. Daniel Roth. Paradero ignorado.

4. Wendell Colman. Paradero ignorado.

5. Albert Ryder. Muerto.

6. Sam Ollinger. Paradero ignorado.

7. James Berkeley. Paradero ignorado.

8. Lewis Rusk. En la prisión.

9. Alex Combs. En la prisión.

—¿Lo has leído ya? —preguntó Mason.

—Sí, sí —exclamó Ashe—. Pero no comprendo cuál es la idea.

—Quizá tu admirado teniente nos la diga. ¿Nick?

—Bueno, tenemos dos muertos y cinco desaparecidos. Los siete, después de haber sido sacados de la cárcel pese a que deberían continuar en ella. Si todo esto tuviese sentido y aunque nos parezca... extraño y maquiavélico o macabro, los que teóricamente se hallan en paradero desconocido podrían estar tan muertos y mutilados como Ryder y Adams. Casi seguro que con tres de ellos ha sucedido así, y éstos son los tres cadáveres que todavía no hemos podido identificar. Los otros dos quizás aparezcan en cualquier momento. Como sea, muertos y hallados, o muertos y en paradero desconocido, siete de esos nombres, los primeros, no nos sirven de gran cosa en estos momentos. ¿Estamos de acuerdo?

—Claro.

—Entonces, nos quedan los dos últimos, es decir, Rusk y Combs, que están en la prisión.

—Sí.

—Me pregunto: ¿cuánto tiempo estarán todavía en la prisión?

Mason y Ashe se quedaron mirando a su jefe, por el momento sin comprender. Pero en seguida, y en el momento en que Mason comenzaba a abrir la boca, Johnny Ashe exclamó:

—¿Cree que a estos dos también los sacarán?

—Eso creo, Johnny.

—Bueno, pero... ¿de qué nos sirve eso ahora? Porque si los sacaran inmediatamente, sí, podríamos esperarlos, seguirlos a ver qué pasaba...

—Lo que me pregunto yo es si ya están apelando para sacarlos. Y si así es, ¿quién lo hace? Y si llegamos a saber quién lo hace, ¿es la misma o las mismas personas que sacaron a los demás de la cárcel? Y si es la misma o las mismas personas, ¿por qué lo hace? No por dinero, ya que ninguno de esos tipos lo tenían, eran gente de

mal vivir... Por dinero, no. Entonces, ¿por qué los sacan de la prisión, y luego aparecen muertos?

—Es una interesante serie de preguntas —murmuró Mason—. Y para encontrar las respuestas tenemos que saber quién o quiénes sacan de la cárcel a tipos como éstos. Bueno, eso debe constar en los juzgados donde se hayan celebrado las vistas de revisión ¿no? Así que sólo tenemos que ir a ver a la juez Tolliver para pedirle que nos ayude también en eso, si puede.

—Yo me encargaré de esa parte —dijo Nick—. Pero antes quiero saber si alguien está intentando sacar de la prisión a Lewis Rusk o a Alex Combs. Y si así es, ¿quién lo está intentando?

—El modo más directo de saber eso sería ir a la prisión del Estado —dijo Ashe.

—Pues ya estáis en camino. Hay un *snack* muy agradable cerca del edificio de la Corte. Se llama Pipper's...

—Qué nombre tan tonto —aseguró Ashe.

—Sí, pero se come bien —sonrió Nick—. Ese viejo zorro sabe vivir. Me refiero al juez Andrews.

—¿No es el amigo de tu padre? —preguntó Mason.

—Sí. Bueno, os espero en

Pipper's.

Y según lo que me digáis, iremos a ver de nuevo a la juez Tolliver.

—¿No te cansa verla tanto? —preguntó Mason.

—Hace dos días que no la veo.

—Ya.

—Coño, sargento —farfulló Ashe—, ¡mire que es usted cabezota!

—Hacedme un favor los dos —dijo Nick—: discutid camino de la cárcel.

—Me he tomado ya dos cafés —dijo Nick.

—Sí, ¿eh? —Gruñó Mason—. ¡Pues nosotros ni siquiera hemos almorzado!

—Y son más de las dos de la tarde —apoyó la protesta Ashe.

—Os voy a invitar. Pedid lo que queráis. Sin abusar.

—Yo, yo hago el pedido —dijo Ashe.

—De acuerdo. ¿Joe?

—Morris Aldeman, abogado. Está intentando sacar a Rusk de la cárcel.

—De modo que sigue el asunto... ¡Bien! ¿Y respecto a Combs?

—Por ése nadie se ha interesado... todavía.

—Exacto: todavía. Buen trabajo, Joe. ¿Algún problema?

—Johnny tuvo que parar dos veces a orinar: a la ida y a la vuelta.

Nick Shannon se echó a reír. Johnny Ashe regresó de hacerle el pedido a una camarera, y dijo:

—He pedido un banquete. Y casi me he ligado a la camarera.

—¿Ya la has advertido de que eres un meón? —Gruñó Mason.

—Si empezáis de nuevo me voy sólo a ver a la juez Tolliver —advirtió Shannon.

—Eso sí que no —le miró astutamente Mason—. Yo quiero estar presente cuando la veas después de dos días.

—Juez Tolliver, el teniente Shannon solicita verla —sonó la voz de la secretaria en el interfono.

—¡Que pase inmediatamente! —exclamó Carol. Sentado frente a ella al otro lado de la mesa, el fiscal Kendall la miró contrariado.

—Podrías hacerle esperar unos minutos, ¿no? Estamos trabajando.

—Oh, Elmer, eso puede esperar... ¡Le quiero!

—¿Qué? ¿A quién?

—A Nick. Al teniente Shannon. ¡Nos vamos a casar!

Elmer Kendall quedó como petrificado, y horrorosamente pálido de repente. Carol ni siquiera se dio cuenta, porque caminaba ya hacia la puerta, que se abrió dejando paso a Nick. Éste tendió la mano a Carol, comenzando a farfullar:

—Juez Tolliver, venim...

—¡Nick, déjate de tonterías! —Carol se colgó de su cuello, y le besó en la boca—. ¿Vas a esperarme para acompañarme a casa?

Detrás de Shannon, Johnny Ashe estaba con la boca abierta y los ojos desorbitados. Junto a él, Joe Mason sonreía con ceñuda ironía. Nick carraspeó, y miró a Elmer Kendall, que se ponía en pie lentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Carol.

—Bueno, he venido por cuestiones de trabajo.

—Oh. Está bien... —Carol deshizo el abrazo—. ¡Tienes la nariz mucho menos hinchada que esta mañana! ¡Y no digamos comparando con anoche!

La puerta del fondo del despacho batió a espaldas de Elmer Kendall. Johnny Ashe miró todavía patiteso a Mason, que se dio cuenta, le miró a su vez, y dijo:

—¿Y ahora, qué?

—Pase, sargento —dijo Carol—. Pasen los dos, y siéntense... Nick, ¡vi tus mariposas!

—Bueno.

—¡Son preciosas! ¡Es lo más bonito que he visto en mi vida! ¡Debiste decirme que sabías pintar tan bien!

—¿Quien pinta? —preguntó Ashe, inclinándose hacia Mason.

—Cállate —gruñó el sargento—. Quiero escuchar lo que dicen.

—Lo hago sólo como *hobby*, recuerda —decía Nick Shannon.

—¡Pero lo haces maravillosamente! ¡Y me dejaste creer que dedicabas tus ratos libres a pinchar mariposas! ¡Y lo que haces es pintarlas!

—Me gustan. En realidad —sonrió Nick—, me gusta todo lo bello. Y las mariposas son bellísimas.

—¿Qué me dices de mí? —rió el juez.

—¿Quieres que te pinte?

—¡Quiero saber si me consideras tan bella como tus mariposas!

—Ejem...

—¿No?

—Pues...

—¡Nick!

—Pero hombre, Nick, díselo ya —deslizó traidoramente Mason.

—¿Qué ha de decirme? —Le miró Carol.

—Cuando veníamos hacia aquí no paraba de hablar de usted: que si es la juez más inteligente que ha conocido; que si es la chica más *sexy* del mundo; que si es tan cariñosa, simpática y alegre; que si la vida es deliciosa a su lado; que si...

—Ya está bien —gruñó Shannon.

—¿Decías todo eso de mí?

—No.

—A decir verdad, decirlo, decirlo no lo decía —sonrió Mason—, pero lo venía pensando. ¿Verdad, Nick?

—Oye —preguntó Ashe—: ¿el teniente pinta mariposas?

—Y le han ofrecido publicarle un libro sobre ellas con sus pinturas. Ya verás como nos obsequiará un ejemplar firmado.

—¿De verdad te van a publicar ese libro, Nick? —saltó Carol.

—Y esa clase de libros... ¿da dinero? —preguntó Ashe.

—Esos libros, pequeño meón, no se escriben ni se pintan por dinero, sino por amor al Arte y a la Naturaleza. ¿Verdad, Nick?

—¿Pues saben qué les digo? —exclamó Carol—. ¡Que yo también aprenderé a pintar! Pero no pintaré mariposas... ¿Qué podría pintar?

—Flores —sugirió Mason.

—¡Qué buena idea! Y Nick me enseñará a utilizar los colores... ¿Qué te pasa, Nick? ¿Estás enfadado? ¿No quieres que pinte flores?

—Escucha —masculló el teniente—, ya es suficiente con las guasas de Joe, ¿de acuerdo? ¡Ya basta de cachondeo! Eres una juez, ¿recuerdas?

Carol Tolliver se quedó mirándolo como sorprendida. Luego, fue a sentarse tras su mesa, le guiñó disimuladamente un ojo a Mason, y volvió a mirar a Nick, muy seria.

—Encantada de volver a verle, teniente —dijo—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí —gruñó Shannon, acercándose a la mesa.

—Usted dirá.

—Me gustaría saber si puedes enterarte de los nombres de los abogados que intervienen en las revisiones de causa que culminaron con la puesta en libertad de siete de tus sentenciados.

—Oh. Eso puede usted saberlo sin mi ayuda, teniente.

—Sí, pero perdiendo mucho tiempo. ¿Puedes?

—Le advierto, juez Tolliver —deslizó el perverso Mason— que si no complace a Nick él no la enseñará a pintar flores.

—Eso es chantaje, ¿no?

—Sí, lo es —sonrió de oreja a oreja Mason.

—Lo tendré en cuenta. Pero mientras tanto, como yo estoy aquí para trabajar de cualquier manera que se presente al lado de la ley, voy a intentar por todos los medios complacer rápidamente al teniente Shannon.

Casi una hora más tarde la juez Tolliver regresó a su despacho, que estaba lleno de humo. Los tres policías se pusieron en pie, y se quedaron mirándola. Ella fue a sentarse tras su mesa, y depositó sobre ésta un papel.

—Es curioso —murmuró.

—¿El qué? —preguntó Joe Mason.

—En los siete casos de posterior libertad han intervenido solamente dos abogados. Uno de ellos atendió cuatro casos, y el otro tres.

—¿Tienes sus nombres? —Se acercó Nick a la mesa.

—El que atendió cuatro casos se llama Leonard Gannet. —El que atendió tres, Morris Aldeman. En cuanto a éste...

—Va a por su cuarto caso —susurró Nick.

—¿Lo sabías?

—Eso sí. ¿Tienes la dirección de esos abogados?

Carol le entregó el papel, Nick le echó un vistazo, y se lo guardó. Luego rodeó la mesa, se inclinó sobre la juez, y la besó en la boca.

—Gracias. Te llamaré en cuanto pueda.

—Estaré en casa a partir de las cinco y media. Nick, ten cuidado: son abogados.

Nick Shannon asintió, volvió a besar a Carol, y se dirigió hacia la puerta del despacho. Joe Mason se tocó la frente con dos dedos.

—Juez Tolliver, creo que a partir de ahora nos veremos a menudo.

—Después de la boda, sí. ¿Es usted lo bastante amigo de Nick como para ser invitado?

—Sí —rió el sargento; señaló con el pulgar a Ashe—. Y éste también.

—Pues están invitados.

Johnny Ashe no reaccionó hasta que estuvo dentro del coche. Entonces exclamó:

—¡Atiza! Pero... ¿de verdad se va usted a casar, teniente?

—Claro que se va a casar, hombre —dijo Mason.

—Pero... ¿con la juez? ¡No hace ni cuatro días que la conoce!

—Pero ya la conoce muy bien. ¿Verdad, Nick? Además, ¿qué importa eso de los cuatro días?

—Hombre, no sé... —masculló Ashe.

—¿Qué te pasa? ¿Es que para casarse hay que conocer a una chica de la infancia? ¿Hay que esperar a verla un día ya crecida y decir ¡caray, nena, cómo te has puesto, si hace cuatro días eras una mocosa, y ahora estás para comerte!? ¿Es eso? Pues te diré una cosa: yo, personalmente, prefiero encontrármela ya como la juez, hecha y derecha... ¡Madre mía, cómo está la juez! ¿Verdad, Nick?

—Joe: me tienes hartó —masculló Shannon.

—¿Sí? ¡Pues estoy invitado a tu boda!

—¡Oh, no!

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Ashe—. Y, ¿sabe?; ¡yo, también!

## CAPÍTULO VI

A las cinco en punto de la tarde, la secretaria del abogado Morris Aldeman se despidió de éste, dejándolo solo en su bufete. Aldeman miró su reloj, frunció el ceño, y se resignó a trabajar todavía a solas un par de horas más. Cuando había que hacerlo, pues se hacía.

A las cinco y cinco sonó la llamada a la puerta. Llamada que Morris Aldeman decidió ignorar. Pero tuvo que cambiar de idea ante la insistencia, que se le antojó decisión irrevocable de verle. Valía más recibir a quien fuese y terminar de una vez.

Fue a abrir. Tuvo un ligero sobresalto al ver a los tres hombres, pero enseguida reconoció a uno de ellos, y eso le tranquilizó. Sólo un segundo, ya que acto seguido inquietantes pensamientos cruzaron por su mente.

—¿Señor Aldeman? ¿Morris Aldeman, abogado?

—Sí... Soy yo.

El que ya conocía le enseñó la credencial.

—Teniente Shannon, de Homicidios. El sargento Mason y el detective Ashe —movió la cabeza a un lado y otro—. ¿Puede recibirnos unos minutos?

—Estaba... estoy muy ocupado, teniente.

—Dispongo de recursos para conseguir que en menos de una hora se vea usted obligado a recibirme y a dejarme mirar todo cuanto quiera de su despacho y de su domicilio particular, si así lo deseo. ¿Lo hacemos de ese modo?

—En una hora usted no puede conseguir eso —rechazó Aldeman.

—¿Qué se apuesta?

Morris Aldeman se apartó, cerró la puerta cuando hubieron entrado los tres policías, y se dirigió hacia el fondo del apartamento donde tenía montado su bufete. No dijo nada, así que Nick y los

otros dos le siguieron en silencio. Aldeman se sentó en su poltrona, y miró a Shannon fijamente.

—Le agradeceré que sea breve.

—De acuerdo. ¿Quién le paga a usted para que saque de la cárcel a Lewis Rusk?

La pregunta partió como un torpedo, y eso fue lo que pareció recibir Aldeman de lleno. Tragó rápidamente saliva, y dijo:

—No puedo decir eso.

—¿Por qué no?

—Bueno, el secreto prof...

—Señor Aldeman —cortó secamente Nick—, usted sabe que le estoy hablando de cinco asesinatos seguros y dos más probables. Posiblemente, también sabe que quizá Rusk no viva mucho después de ser puesto en libertad. Lo sabe todo, ¿no es cierto?

—¿Está loco? —jadeó el abogado—. ¡No sé de qué me habla!

—¿Conoce usted a Grant, Lincoln, Washington y Truman?

—¿A...?

Pe-pero...

¡Claro! Fueron cuatro presidentes de los Estados Unidos de Am...

—Son cuatro matones, más o menos como los hombres que usted y otro abogado, llamado Leonard Gannet, están sacando de la cárcel. Por poca vista que tenga usted habrá observado que tengo un pómulo partido y la nariz todavía hinchada. Y vea mi mano —la colocó dorso arriba—... El «presidente» Grant me la pisó. Esos cuatro hombres, obviamente, estaban de parte de esos granujas que usted y Gannet libraron y que luego fueron asesinados. Quieren saber quién o quiénes los mataron, imagino que para ajustarle las cuentas, ya que los muertos eran amigos o compañeros suyos. Puesto que usted los ha sacado de la cárcel, presumo que también está de parte de las víctimas. Así pues, usted y esos cuatro... presidentes, se conocen, están en el mismo bando. Ahora, escuche: quiero saber quién les paga a usted y a Gannet para que saquen a tipos como éstos de la prisión, y quiero saber dónde están los «presidentes»... ¿Me ha entendido usted, señor Aldeman?

—Caray —dijo Ashe—, ¡tendría que ser tonto para no haber entendido!

—Pues cara de tonto no tiene —dijo Mason.

—Ustedes... ustedes no pueden tratarme así... —jadeó Aldeman

—. ¡No tienen derecho a amedrentarme, ni a amenazarme! ¡Conozco muy bien la Ley, y un policía no puede hacer eso!

—¿Me obsequia usted una cuartilla de papel, señor Aldeman? —pidió amablemente Nick.

La tomó él mismo, eligió un bolígrafo de encima de la mesa, y escribió rápidamente en la hoja. Acto seguido, entregó ésta a Joe Mason, haciendo lo mismo con su revólver.

—¿Quiere leerle al señor Aldeman lo que he escrito, sargento?

—Con gusto teniente... —dijo Mason—. Yo, Nicholas Shannon, teniente de la Sección de Homicidios del Police Departament de la ciudad de Miami, presento libre y espontáneamente mi dimisión. En Miami, a tantos de tantos...

—¡Caray! —exclamó Ashe—. ¡Ya no es usted policía, señor!

—No, no lo soy, Johnny —sonrió Nick—. Pero seguimos siendo amigos, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto que sí, Nick!

—Entonces, os convido a café. Abajo hay un bar.

—Yo preferiría una tónica.

—Pues una tónica.

—Yo tomaré café —dijo Mason. Vamos al bar, Johnny.

Morris Aldeman estaba pura y simplemente aterrado. Tanto, que no conseguía reaccionar. Respingó cuando oyó cerrarse la puerta del apartamento, y su desorbitada mirada saltó hacia Shannon, que dijo:

—¿Sabe, señor Aldeman?: soy cinturón negro de judo. Podría partirlle un brazo o la espalda en un segundo. Pero eso sería demasiado honor para usted y un desprestigio para mí como judoka. De modo que, simplemente, voy a partirlle todos los huesos a patadas. A lo bestia, sin refinamientos. ¿Okay?

Aldeman lanzó un chillido, se inclinó hacia la derecha, abrió uno de los cajones de aquel lado de la mesa, y sacó una pistola, con gestos frenéticos, precipitados, pues al mismo tiempo estaba viendo a Shannon rodear la mesa velozmente.

Ganó Shannon. En el momento en que Aldeman se disponía a apuntarle, la mano izquierda de Nick le arrancó la pistola, y la derecha, convertida en granítico puño, se estrelló en su boca. Morris Aldeman fue arrancado de su poltrona, y cayó rodando al suelo. Todavía estaba viendo nubarrones negros ante sus ojos cuando

Shannon lo alzó, lo sostuvo con una mano, y de nuevo le golpeó con el puño, ahora en el estómago. Aldeman puso los ojos en blanco, boqueó, y se arrugó hacia el suelo como si fuese de goma.

Sin inmutarse, Shannon lo agarró por la ropa, lo arrastró hacia el centro del despacho, y lo arrojó sobre un sillón. Luego, encendió un cigarrillo, y se sentó en el borde de la mesa.

Así lo vio Aldeman cuando, tras unas toses, respingos y gemidos, recuperó totalmente la noción de la realidad. Se quedó mirándolo fijamente. Nick apagó el cigarrillo en el elegante cenicero de cristal, y se acercó a él.

—No... —gimió Aldeman, escupiendo sangre—. ¡No, no!

—No... ¿qué?

—Se lo diré... ¡Se lo diré!

—Muy bien.

—No sé dónde están esos hombres que... que ha mencionado, pero le... le diré quién me ha encargado que atendiera esos casos.

—Escriba su nombre y dirección —señaló Nick la mesa—. Y no busque de nuevo su pistola: la tengo yo.

Aldeman se sentó, y escribió lo exigido por Nick. Éste tomó la hoja, leyó lo escrito, asintió, se guardó el papel, y descolgó el auricular del teléfono, marcando acto seguido el número del Police Department.

—Soy Shannon, de Homicidios. Necesito cuanto antes un coche patrulla en el 2024 de Biscayne Boulevard, para llevarse un detenido.

—Soy Travers, teniente. Se lo envió ahora mismo.

—Gracias.

Colgó, y todavía vio a Aldeman corriendo desesperadamente hacia la puerta del apartamento. Fue hacia un sillón y se sentó... Oyó el grito de rabia, y a los pocos segundos aparecieron Mason y Ashe, llevando casi en volandas a Aldeman, que seguía chillando.

—Pues menos mal que se nos ocurrió detenernos en el pasillo a fumar un cigarrillo, Nick... —dijo Mason—. ¡Se te habría escapado!

—¿Y sabe qué ha hecho el sargento, Nick? —exclamó Ashe—: ¡prendió fuego a su dimisión para encender con ella el cigarrillo!

—Fue un error —dijo Mason—: creí que era un billete de mil dólares.

—Vaya —movió la cabeza Shannon—... O sea, que sigo siendo

el teniente Shannon, ¿no es así?

—Pues es verdad... —dijo como sorprendido Ashe—. ¡No había caído en eso, señor!

—Hay cosas que sólo se comprenden cuando se es mayor... —dijo Mason—. Has pedido ya el coche, supongo.

—Estarán aquí enseguida. Vamos a bajar ya.

Nick se puso en pie, tendió la mano, y recibió en ella su revólver, que colocó en la funda.

—Quizá no ha debido pegarle en la boca, señor —dijo Ashe—: le acusarán de malos tratos.

—Tranquilo, querubín —dijo Mason—. El teniente conoce un juez que le pondrá una sentencia leve. ¡Levísima!

—Es verdad —sonrió Ashe—. ¡Caray, hasta tenemos enchufe!

Cinco minutos más tarde, los dos agentes del coche patrulla se llevaban al Departamento a Morris Aldeman, con instrucciones respecto a su incomunicación total. Ashe comentó:

—Pero tiene derecho a llamar a un abogado, ¿no?

—Quizá llame al otro, a Gannet —dijo Mason—. Pero a lo mejor no lo encuentra. ¿Vamos ya a por ése también, Nick?

—No vale la pena.

—¿Cómo que no? —Gruñó Mason—. ¡Ese Gannet debe ser igual que Aldeman!

—Voy a exponerte una de mis ideas, Joe... Vamos a dejar que Aldeman llame a Gannet. Todo lo que podrá hacer será decirle que lo han detenido, no le permitirán decir nada más. ¿Qué hará Gannet? Pues, correrá a ver qué pasa con su amigo. Mientras tanto, yo habré vuelto a llamar al Departamento, ahora sin que me oiga Aldeman, y le diré directamente al capitán Davis que retenga a Gannet también, y que nosotros estamos con esta dirección —mostró el papel en el que había escrito Aldeman—... ¿Qué te parece?

—Coño —gruñó Mason.

—Usted es un obseso sexual —dijo Ashe—. ¿Verdad, teniente?

—Por lo menos es un mal hablado —sonrió Nick—. Bueno, busquemos ese teléfono.

Mason, que se había apoderado del papel y había leído lo allí escrito, dijo:

—¿Quién demonios será este tal Godfrey Shelley?

—¿Dónde vive? —preguntó Ashe.

—En el 580 de Ocean Drive, Miami Beach.

—Entonces, no falla: es un tipo con dinero. ¡Apuesto a que vive en una de esas lujosas quintas que me matan de envidia!

Johnny Ashe acertó, aunque no murió de envidia contemplando la lujosa quinta sita en el 580 de Ocean Drive. Se limitó a mirarla, desde el coche, como hacían Mason y Shannon. En el centro de un bosquecillo de palmetas, protegido todo el recinto por una verja de hierro forjado, se veía la casa, blanca y grande, con tejado ocre y toldos azules. En un lado, un sistema de riego por aspersión contribuía a mantener verde y tierno el césped. Eso era todo lo que se veía.

—Cuando terminemos con esto podríamos ir a Miami Beach Kennel Club —dijo Ashe.

—¿Para qué? —preguntó Mason.

—Hombre, para apostar algo de dinero a los galgos, a ver si ganamos suficiente para comprar una casa como ésta. ¡Ya que estamos tan cerca del canódromo...!

—La idea no es mala —admitió Mason—. ¿Te das cuenta, pequeño? ¡Empiezas a tener sentido del humor! Pero quizá la cosa sea más complicada, y no tengamos tiempo de ir al canódromo.

—¿Complicada? Dentro de unos minutos estará aquí el mismísimo capitán Davis con varios coches. Todo lo que tenemos que hacer es entrar ahí y detener a todo el mundo. ¿Crees que habrá una chica en bikini tomando el sol junto a la piscina, sargento?

—Vaya una idea. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Hombre, en los telefilmes, siempre que sale una quinta de Miami Beach como ésta, hay chicas-bombón junto a la piscina.

—Pues a lo mejor aciertas. Pero... ¿qué me dices de la camarera?

—Resultó que estaba casada, y que, simplemente, era simpática. Tienen un niño de dos años que se llama Peter. Es rubio.

Shannon y Mason quedaron mirando atónitos a Johnny Ashe, que sonrió astutamente.

—Y además —dijo—, está esperando otro niño. Para Navidad o así. Les gustaría que fuese una niña, a la que llamarían Debbie. El marido trabaja en un supermercado, y está ahorrando para comprarse un coche, pero aún no han decidido qué marca. Yo le he

aconsejado un Ford corriente. Van bien. Pero un primo del marido tuvo un Ford, y les ha dicho...

—Oye, tú —casi gritó Mason—, ¿nos estás tomando el pelo?

—No señor.

—¿Cuándo pudiste tú conversar tanto con la camarera? ¿Eh? ¿Cuándo?

—Mientras el teniente pagaba y usted estaba en los servicios orinando. Claro, ¡no quiso orinar mientras íbamos y veníamos de la prisión...!

Joe Mason enrojeció, y Nick Shannon no pudo de ninguna manera contener la carcajada.

Y justo en aquel momento, el propio Johnny Ashe vio el automóvil que aparecía por entre las palmeras de la quinta, circulando lentamente hacia la salida de las verjas. Lo señaló, simplemente, y los otros dos miraron vivamente hacia allí.

El automóvil se detuvo ante las verjas, al otro lado, y un hombre se apeó y caminó hacia ellas para abrirlas.

—Caramba —dijo Nick—... ¡Caramba!

—¿Qué pasa? —inquirió Mason.

—Johnny —señaló Nick—, sigue a ese coche una manzana y luego crúzate ante él.

—Nos pondrán una multa.

El tipo había abierto las verjas, se colocó a un lado, el coche salió, y tras cerrarlas de nuevo fue a sentarse junto al conductor. Johnny Ashe partió tras el coche, y pocos segundos cumplía hábilmente las instrucciones del teniente.

Éste se apeó, mientras los del otro coche comenzaban a gritar y en Collins Avenue se organizaba un concierto de claxons. Una sola mirada de Nick bastó a Mason para que éste saliese también del coche, revólver en mano, y apuntase al conductor del otro vehículo, que palideció. El tipo que iba a su lado no tuvo tiempo de nada: Nick se metió en la parte de atrás del coche, y saludó:

—Buenas tardes, señor presidente. Oh, perdón: he querido decir «señores presidentes».

Johnny Ashe había reaccionado también, imitando velozmente al sargento. En un instante, los dos hombres se vieron encañonados por las ventanillas.

—Muchachos —dijo Nick—: os presento al presidente Grant y al

presidente Washington. ¿Qué se dice?

—Hijos de puta —dijo Mason.

—Encantados, señores presidentes —dijo Ashe.

Washington y Grant estaban lívidos. En un instante fueron despojados de sus armas por Ashe y Mason, mientras Shannon decía:

—Johnny, vuelve al coche y síguenos. Señor Presidente Grant pase a sentarse conmigo, mientras el sargento se sienta junto al presidente Washington. Ya.

Grant salió del coche, y pasó al asiento de atrás. Mason se sentó junto al conductor, diciendo:

—Volvemos allá, ¿no, Nick?

—Claro. Regrese, señor presidente Washington. Dile dónde debe detenerse, Joe, mientras yo converso con el presidente Grant.

El coche partió, y detrás el que conducía Ashe. Mason farfulló unas explicaciones a Washington. Nick miraba amablemente a Grant, al que, de pronto, golpeó afablemente en una rodilla.

—Vaya, vaya, vaya... Bueno, ¿cómo van las cosas, señor presidente?

Grant, lívido, no dijo nada.

—No sabe, no contesta —dijo Mason—. Arráncale los huevos, Nick.

—Ya desayuné huevos esta mañana..., y no me apetecen más huevos para la cena.

—Pues ponlos en el frigorífico para mañana.

—Lo pensaré. Oiga, Grant, ¿conoce usted a un tipo llamado Godfrey Shelley?

Tras unos segundos, y cuando ya el coche se había detenido y el de Ashe detrás, Mason tuvo que repetir lo de:

—No sabe, no contesta.

—Sí sabe, y va a contestar. ¿Verdad, Grant? ¿Conoce a Shelley?

—Sí —murmuró Grant.

—Claro. Puesto que acaba de salir de su casa... ¿A qué se dedica el señor Shelley?

—Es millonario.

—Ah. ¿Y los millonarios no hacen nada?

—No.

—Le voy a desengañar, Grant. Los millonarios siempre hacen

algo... Unos se dedican a amasar más dinero, otros a vivir como dioses, y otros a hacerle la puñeta al prójimo. Incluso, hay algunos que se dedican a benefactores de canallas, y éste parece ser el caso del señor Shelley: tiene contratados a dos abogados que sin duda usted conoce para que se dediquen a revisar casos de canallas y sacarlos de la cárcel. Hay otras muchas clases de millonarios, pero nosotros vamos a concentrarnos en el señor Shelley. ¿De acuerdo?

—No sé a qué se dedica.

—Grant: no me obligue a recordar lo que me hizo el otro día. Estoy intentando ser civilizado.

—Le advierto una cosa, amiguito —dijo Mason, volviéndose—: si Nick se enfada usted va a llorar lágrimas de sangre.

—Dile lo de los abogados, Joe.

—Ah, sí: los tenemos en chirona. ¿Comprende, señor presidente?

—Dile lo del capitán Davis.

—Ah, sí: el capitán Davis, nuestro jefe, va a llegar de un momento a otro con varios coches llenos de compañeros bien armados. ¿Olvido algo, Nick?

—Creo que ya le hemos informado suficientemente. ¿Bien, Grant?

—Según parece ustedes ya lo saben todo —gruñó éste—. ¿A qué preguntar, entonces?

—No lo sabemos todo. ¿Para qué saca el señor Shelley a esos canallas de la cárcel?

Grant apretó los labios. Mason lo miró incrédulamente. Johnny Ashe se asomó por la ventanilla.

—¿Me necesita para algo, señor?

—Sí, Johnny, gracias. Tráeme una llave inglesa.

—Enseguida, señor. ¿Un destornillador también?

—Bueno.

Grant tragó saliva. Mason sonreía angelicalmente. Dijo:

—Ya sé: este tipo tiene sueltos los tornillos, y se los vas a apretar.

—Ésa es la idea, Joe.

—Pero... ¿no sería suficiente hincharle la cara a guantazos?

—Eso, después. Se me ocurre...

—¡Está bien, está bien! —chilló Grant—. ¡Los contrata!

—Los contrata... ¿A los canallas? ¿Para qué?

—Bueno... El señor Shelley es el que da la cara en la organización.

—¿Qué organización?

—Hay varios tipos como Shelley que han organizado en todo el país una sociedad de asesinatos por encargo. Shelley es quien da la cara, y contrata personal adecuado... Tenemos más de cien sujetos de éstos repartidos por los Estados Unidos. Buscamos gente bregada, que no pongan reparos en nada. Y los mejores de esa clase están o han estado en la cárcel. Los seleccionamos, y el señor Shelley encarga a determinados abogados que los saquen, y si ya están fuera, que vayan a contratarlos.

—Entiendo —susurró Nick—. En cuanto a los que están fuera, no hay problema: se les va a ver, se les contrata, y en paz. Hablemos de los que son liberados de la prisión. Esto no es tan fácil, me parece a mí. ¿Cómo lo consiguen?

—Bueno...

—Malo, Grant. No deje de hablar, o malo. ¿Cómo lo consiguen?

—Hay... tenemos una buena cantidad de jueces que no sólo informan a Shelley de dónde y cuáles son los tipos apropiados, sino que... colaboran luego directa o indirectamente en que el juicio de revisión les sea favorable.

Ahora le tocó el turno a Nick de palidecer.

—¿Quieres decir que la organización de Shelley tiene sobornados a una serie de jueces?

—Y fiscales. Los utilizamos para muchas cosas.

—La madre que los parió —jadeó Mason, muy abiertos los ojos.

—Señor, la llave inglesa —reapareció Johnny en la ventanilla—. Y el destornillador.

—Espera, creo que ya no hacen falta. ¿Cuáles muchas cosas, Grant?

—Fraudes de todas clases. ¡No sé bien todo eso! ¡Lo sabe el señor Shelley!

—Está bien. Pronto se lo preguntaremos. Ahora vamos a dejar ese tema, del que se encargará directamente el capitán Davis, y hablemos de las manos cortadas. Creí entender que eso no es cosa vuestra.

—¡Claro que no! Precisamente, nosotros queríamos saber quién está haciendo eso con nuestros empleados, y por qué, y qué sabe.

—Ésta es buena —farfulló Mason—: nos ponemos detrás de un asesino que se dedica a cortar manos, y nos encontramos de lleno con la más grande bolsa de canallas que podamos imaginar, y con jueces, fiscales y quién sabe cuánta gente más trabajando para esa organización... ¡Es lo que se llama un buen trabajo, Nick! Porque en cuanto el capitán le meta mano a ese Shelley le va a sacar todo lo que sabe, y en un periquete nos vamos a cargar a toda la organización y esos cochinos jueces. ¡Caray, qué jugada!

—No está mal —dijo Nick—, pero... ¿dónde está el asesino cortamanos? Ése es nuestro trabajo, Joe.

—¡Coño, Nick! ¿Te parece que hemos hecho poco?

—¿Ve como es un obseso sexual, teniente? —dijo Johnny.

—No hemos hecho nada de nuestro trabajo, Joe —dijo Nick—. Nuestro caso es el de esos asesinatos con mutilaciones.

—Escucha, ese tipo de cosas suelen investigarlas los del FBI, así que...

—Ese tipo de cosas nos la encargaron a nosotros.

—Está bien, de acuerdo. O sea, que déjanos todo esto y seguimos buscando al chiflado que corta manos de cerdo. ¡Pero si le está haciendo un bien a la humanidad!

—Eso es cierto —admitió Nick—. Pero yo quiero encontrarlo. De modo que en cuanto llegue el capitán Davis le voy a dejar este paquete..., y nosotros seguiremos buscando al asesino. ¿Okay?

—Hombre, claro.

—Estupendo —sonrió Johnny Ashe—. Me parece que ahí llega el capitán Davis, señor.

—Ve a decirle que le espero en este coche con dos presidentes.

## CAPÍTULO VII

El capitán Davis, alto, delgado, cara angulosa y pequeños y chispeantes ojos grises, se sentó en el otro extremo del asiento, dejando a Grant entre él y Nick, Afuera, un total de cinco coches de la Policía se habían detenido, y los hombres que los ocupaban esperaban órdenes sin apearse.

—Nick —saludó Davis.

—Le presento a los presidentes Grant y Washington, señor.

—Ya. Hola, Joe.

—¿Qué tal, Wayne? —saludó el veterano Mason.

—Bien. Me he retrasado un poco porque, de pronto, Aldeman y Gannet comprendieron que debían cantar de plano, y claro está, les hemos escuchado.

—Entonces, ya sabe toda esta porquería de la organización que representa el tal Shelley.

—Sí. ¿Está Shelley en la casa?

Nick dio un amable codazo a Grant, que gruñó:

—Sí, está. Y no está solo.

—Entiendo. Deben estar los presidentes Lincoln y Truman, y algunos más. ¿Cuántos en total?

—No sé... Ocho o nueve. Y todos armados, ¿comprende?

—Quien no comprende es usted, amigo —dijo secamente Davis—. Nosotros somos veintitantos, y a una llamada mía podemos concentrar aquí a toda la Policía de Miami. ¿Es eso lo que quieren? Podemos dejar esa casa convertida en escombros en cinco minutos.

—Sería una lástima... —dijo Johnny Ashe—. Con su permiso, señor, claro. Estoy seguro que el teniente tendrá alguna de sus buenas ideas.

—¿Qué le pasa a éste? —Movió la cabeza Davis hacia Ashe—. ¿Se ha enamorado de ti, Nick?

—No, no —intervino Mason—: de una camarera. Pero ella está

casada con un empleado de un supermercado, con el que tienen un niño rubio llamado Peter. Un cuñado de ella tiene un Ford...

—Me alegra comprobar que mi gente se divierte trabajando —sonrió secamente Davis—. ¿Nick?

—La idea es simple dijo éste. —Vamos a enviar a Grant a decirle a Godfrey Shelley que si no sale él y los demás antes de un minuto con las manos sobre la cabeza los haremos picadillo.

—Corremos el riesgo de que Grant se quede allí, uniéndose a los otros para hacernos frente.

—Eso me gustaría... —sonrió Nick—. Sí, me gustaría mucho.

—De acuerdo.

—Grant, venga conmigo.

Nick salió del coche, y Grant lo hizo detrás, encaminándose ambos hacia las verjas. Johnny movió la cabeza, y dijo:

—Ahora es cuando le destrozará los cojones a patadas.

—Nada de eso —dijo Mason—. Nick tiene demasiada clase.

—Se lo hará.

—Hagamos una apuesta: si Nick no le hace nada pasas el resto del día sin mear. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Mientras tanto, Nick y Grant habían llegado a las verjas, que Grant abrió, disponiéndose a ir hacia la casa.

—Grant.

—¿Sí? —Se volvió éste.

La mano derecha del teniente se alzó, y los largos y fuertes dedos se cerraron como tenazas en la nariz del matón, que lanzó un grito de dolor.

—Tranquilo, señor presidente... —dijo Nick—. Tranquilo. Sólo vamos a charlar unos segundos. Recuerde bien esto: dígame a Shelley que tenemos a los dos abogados, que lo sabemos todo, y que en cinco minutos podemos machacarlos. En cuanto a usted, si se pone de nuevo frente a mí ya no vivirá para arrepentirse. ¿Me ha entendido?

—Sí... —gimió Grant, con los ojos llenos de lágrimas de dolor—. ¡Sí, sí, lo he entendido!

—Perfecto —sonrió Nick, retorciéndole más la nariz—: veo que tiene usted buen olfato. No lo olvide.

—¡No lo olvidaré! —aulló Grant, retorciéndose.

—Así me gusta. ¿Tenemos algo más que decirnos?

—No... ¡No!

—Es una lástima. Me estaba gustando esta conversación.

Le soltó de pronto, y Grant, que había estado intentando librarse de aquella tenaza, salió despedido hacia atrás y cayó sentado. Pero se puso en pie rápidamente, y echó a correr hacia la casa, con las manos en la nariz.

Nick regresó al coche.

—Caray, teniente —dijo Ashe—... ¡Menos mal que podré orinar!

—¡Nada de eso, amiguito! —estalló Mason—. ¡No le ha hecho nada!

—¿Ah, no?

—¡Claro que no!

—Pues que se lo haga a usted, a ver si eso es nada.

—Lo ha tratado como a un perro, ¡eso es todo!

—Pero le ha hecho pupa. Traiga su nariz aquí y verá...

—¿Se quieren callar? —Gruñó Davis, mientras Nick sonreía.

Apenas dos minutos más tarde, el alto, rubio, orondo, elegante Godfrey Shelley aparecía, muy pálido y manos sobre la cabeza, al frente de sus matones y empleados de la quinta.

—Fíjate en el presidente Grant —dijo Johnny—: ¡su nariz parece un tomate!

—Lástima de cena... —Movi6 pesarosa la cabeza Carol Tolliver—. ¡Con lo amable que ha sido usted al ayudarme a preparadla, Tom!

—Es lo menos que podía hacer, después de chivarle a ese policía que usted no sabía cocinar —sonrió Tom Williams—. ¡Pero él también fue un chivato al chivarle a usted que yo se lo había chivado!

—De acuerdo —rió Carol—: ¡usted y él son dos chivatos! Aunque... no se trata exactamente de eso, en el caso de Nick: es que a él le gustan las cosas claras, eso es todo.

—Ya. Todo un tipo de una pieza, ¿eh?

—Sí... Sí —se sonrojó levemente Carol.

—¿De verdad se va a casar con él?

—¡Oh, sí!

—Lo que no se puede negar es su entusiasmo. Menos mal que en su trabajo no es tan emotiva.

—Bueno, Tom, ¡esto no tiene nada que ver con mi trabajo!

—Él le pedirá que deje de ser juez.

Carol Tolliver quedó atónita.

—¡Desde luego que no me pedirá semejante cosa! Nick tiene que haber comprendido ya que jamás dejaré esto... ¡Jamás!

—No es bueno que usted se tome la Ley tan a pecho —murmuró Williams.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Carol.

—Nada... Nada.

La bella pelirroja se quedó mirando desconcertada a su amigo y vecino. Eran más de las ocho, y hacía unos minutos que había anochecido. Todos sus pensamientos estaban puestos en Nick Shannon, pero no hasta el punto de que dejase de darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Por ejemplo, le había parecido observar en un par de ocasiones que Tom Williams estaba nervioso, pero había desechado esta idea. Ahora, la idea se afianzó. No sólo estaba nervioso, sino hondamente preocupado. Estaba segura de eso.

—¿Ocurre algo, Tom?

—¿Sobre qué?

—Bueno, no sé... Le encuentro a usted algo extraño. No sabría decir qué es, pero...

—No me ocurre nada.

Dicho esto, Williams adoptó una expresión hermética y sombría. Carol le estuvo mirando unos segundos, muy fijamente. Luego, se acercó a la mesa donde lo había preparado todo para la succulenta cena... que se estaba enfriando. Tendría que aprender a cocinar, claro. Desde que había quedado sola todas esas cosas habían corrido a cargo de Madge, su criada. Bueno, a fin de cuentas cualquiera sabe cocinar, y no hay que darle tanta importancia.

Se sentía un poco en ridículo. Había confiado en que Nick vendría a cenar con ella, y hasta había decidido que se quedase allí a pasar la noche. Por eso había pedido a Madge que no volviera hasta el día siguiente... Tom debía haber comprendido esta maniobra suya. Quizá era eso lo que le tenía en aquel estado de ánimo que no conseguía definir.

Bueno, ¿y por qué no podía ella pasar la noche con Nick? Podía hacer simplemente lo que quisiera. Lo amaba, le gustaba hacer el

amor con él, ¡le gustaba tanto que había pasado un día fatal esforzándose en atender sus asuntos profesionales sin recordar la noche anterior! ¡Oh, vaya si le gustaba hacer el amor, ya lo creo!

Se volvió de pronto hacia Williams, que la miraba absorto.

—No tiene por qué quedarse aquí, Tom —murmuró—. Ya me ha ayudado bastante.

—Si no le importa, me quedaré.

—No va a ocurrirme nada —rió Carol—. Estoy esperando a un teniente de la Policía, ¿sabe?

—Me gustaría quedarme... hasta que él llegue.

—Por mí no hay inconveniente, pero debe tener usted...

En aquel momento sonó la llamada a la puerta de la casa. Carol lanzó una exclamación de alegría, y salió disparada. Llegó a la puerta, la abrió, y comenzó a alzar los brazos, exclamando:

—¡Nick...!

—No soy Nick, lo siento —murmuró Elmer Kendall.

—¡Elmer! ¿Qué ocurre?

—¿Puedo pasar?

—Naturalmente... —Kendall entró, y Carol cerró la puerta—. ¿Ocurre algo malo?

—Nada especial. ¿Estás sola?

—No... Tom está conmigo. Ya le conoces.

—Desde luego. Espero no molestar demasiado, Carol.

—Bueno... Oh, claro que no, ¡qué tontería! Anda, pasa. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Estaré solo unos minutos... —Llegaron a la sala-comedor, y Kendall miró fijamente a Williams—. Hola, Tom.

Éste no contestó. Carol le miró sorprendida, y le pareció que estaba pálido. Cuando miró a Kendall se dio cuenta de que también éste se hallaba bajo una gran tensión emocional, no menos pálido que Williams.

—Pero... ¿qué pasa? —De pronto emitió un gemido—. ¡Oh, no! ¿Le ha ocurrido algo a Nick? ¡Elmer, dímelo!

—Pues... precisamente se trata de eso. Tendrías que venir conmigo, Carol. El teniente...

—Nada de eso —cortó abruptamente Williams—. ¡Nada de eso, Kendall! Las cosas han de aclararse aquí mismo, no se va a llevar a Carol a ninguna parte.

—Pero... ¿qué hay que aclarar? —Se asustó Carol.

—Muchas cosas —dijo Williams—, pero tendrá que ser aquí. Y la verdad, Kendall, éste no me parece el momento más oportuno. Carol está esperando a ese teniente. Podemos dejarlo para otro día. Además, si las cosas no han salido como usted quería en ese aspecto, mala suerte, pero Carol tiene todo el derecho del mundo a... ¿Qué hace? ¿Está loc...?

La pistola con silenciador que había aparecido en la diestra de Elmer Kendall emitió un chasquido, la bala salió, alcanzó a Tom Williams en el centro del pecho, y lo derribó de espaldas sobre la alfombra. Carol se quedó mirando a Elmer Kendall con ojos desorbitados, desencajado el rostro.

—Dios... mío. ¡Elmer! —Su mirada saltó hacia Williams, que gemía en el suelo, inmóvil—. ¡Oh, Dios mío! ¡Tom!

Se abalanzó hacia él, pero Kendall se cruzó con ella, y la agarró de un brazo.

—¡Tienes que venir conmigo! —gritó.

—¡Suéltame! Dios mío, eres un asesino, un... un criminal... ¡Lo has matado!

—Ven conmigo, Carol —jadeó Kendall, tirando de su brazo.

—¡No! —Ella dio un tirón de su brazo, intentando en vano soltarse—. ¡Suéltame, tengo que...!

Su voz se truncó al recibir el impacto del silenciador en lo alto de la cabeza. Le pareció que dentro retumbaba un trueno, sus ojos quedaron en blanco, y se desplomó.

Elmer Kendall se quedó mirándola como alucinado. Luego, guardó la pistola, y corrió hacia el interior de la casa. Regresó con un rollo de esparadrapo, con el que procedió a amordazar a Carol y luego a atarle las manos y los tobillos. Un poco más allá, Thomas Williams había dejado de gemir, y su inmovilidad era absoluta. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por la frente de Elmer Kendall.

Tomó en brazos a Carol, y se dirigió hacia la puerta de atrás de la casa, depositó a la juez en el suelo, y fue en busca de su coche, que colocó cerca de la pequeña piscina. Nadie podía verlo desde la calle. El sudor caía ya a chorro por el rostro del fiscal Kendall, cuyas facciones estaban fuertemente crispadas.

Alzó la tapa del maletero del coche, alzó de nuevo en brazos a Carol, y la colocó dentro. Bajó la tapa, corrió a sentarse ante el

volante, y puso las manos en éste. Las retiró vivamente, las miró, completamente mojadas de sudor, y se las secó de cualquier manera en los pantalones.

Cuando estuvo seguro de que podría manejar el volante sin contratiempos partió.

Dentro de la casa el silencio era total. La iluminación, procedente sólo de una lámpara de pie y de las dos velitas encarnadas colocadas en la mesa, era amable, romántica. Tendido en el suelo boca arriba, abiertos los ojos, Tom Williams contemplaba el techo, mientras en su pecho se iba extendiendo la mancha de sangre.

Pasó un minuto, dos, tres... Williams gimió, se movió un poco, y volvió a gemir. Había una idea obsesiva en su mente: su escopeta. Pero la había dejado en el recibidor al llegar a casa de Carol, y sabía que nunca conseguiría llegar allí. Además... de nada le serviría. Tenía en aquel momento una total lucidez. De nada serviría la escopeta, porque él se había llevado a Carol. Nunca pensó que decidiera hacer una cosa semejante. Había creído que todo se reduciría a explicaciones, recriminaciones...

El teléfono.

Estaba sonando el teléfono.

Movió la cabeza, y lo vio sobre la mesita colocada ante el sofá. Un timbrazo, otro, otro, otro... Cada timbrazo le parecía una corriente eléctrica que penetrara en su cerebro. El teléfono. Era el policía, desde luego. Tenía que ser el policía, el tal Shannon, el que tenía la culpa de todo... Pero, al mismo tiempo, era el único que podía hacer algo por Carol..., si es que llegaba a tiempo. Dios, ¿qué pretendía hacer Kendall?

El teléfono seguía sonando, como si jamás fuese a dejar de hacerlo. Tom Williams giró, quedando boca abajo, y comenzó a arrastrarse hacia la mesita, dejando un alargado brochazo rojo sobre la alfombra.

Estaba apenas a un metro de la mesita cuando el teléfono dejó de sonar.

Por un instante, Williams quedó abatido. Su rostro estaba desencajado, lívido, y reluciente de una ligera capa de fino y frío sudor. Comenzó a sentir una extraña laxitud, algo que iba llegando lenta e inexorablemente. Tenía que llegar hasta el teléfono.

Éste comenzó a sonar de nuevo, y su timbrazo pareció reanimar a Tom Williams. Reanudó su penoso arrastrarse hacia la mesita, alzó una mano, asió el auricular en medio de un timbrazo, y lo descolgó.

Justo en ese instante, Tom Williams sintió como si una ola de frío intensísimo inundase su cuerpo, falleció, y se relajó blandamente sobre la alfombra. El auricular del teléfono quedó colgando cerca de su cabeza...

## CAPÍTULO VIII

—¡Eh, teniente! —llamó Johnny Ashe—. ¡Ahora contestan!

Nick Shannon regresó rápidamente desde la puerta de su despacho. Menos mal. Vagamente, había comenzado a temer algo cuando no contestaban. Esto le había sorprendido primero, e inquietado inmediatamente. ¿Cómo no habían de contestar, si ella había dicho que le estaría esperando a partir de las cinco y media?

Tan inquietante le había parecido esto de pronto que había decidido ir en el acto a Hialeah, dejándolo todo. Pero bueno, menos mal, podría hablar con Carol y disculparse, pues aquella noche no podría ir a verla.

Tomó el auricular.

—¿Carol?

Silencio.

—¿Carol? —repitió Shannon.

Silencio absoluto. Sentado ante un lado de la mesa de Nick, Joe Mason había alzado la cabeza y le miraba atentamente. Nick miró hoscamente a Johnny Ashe, que masculló:

—Le juro que han descolgado, teniente. Alguien ha descolgado.

Nick Shannon llamó de nuevo a Carol, en vano, por supuesto. Colgó, y marcó él mismo el número. Recibió la señal de comunicar. Separó el auricular de su oreja, y Johnny Ashe, y hasta Mason, oyeron el bip-bip de la señal.

—Está comunicando —murmuró el sargento.

Johnny Ashe parpadeó, y eso fue todo. Nick Shannon colgó el auricular, y fue hacia la puerta. Se volvió vivamente desde allí, y señaló con un dedo a Mason, que se había puesto en pie.

—Seguid con eso —dijo secamente.

Y salió. Ashe y Mason cambiaron una mirada. Luego, Mason miró los papeles en los que había estado trabajando con el informe referente a Godfrey Shelley, y, de pronto, les hizo un corte de

mangas.

—¡Justo eso es lo que estaba pensando yo! —exclamó Ashe.

Cuando salieron del Police Departament a todo correr, todavía distinguieron a Nick Shannon al volante del coche, alejándose. Mason y Ashe corrieron hacia otro coche, el segundo se puso al volante, y arrancó cuando todavía el primero no había cerrado la portezuela de su lado.

Tan sólo un minuto más tarde, Ashe jadeó:

—No puedo seguirlo, sargento... ¡No puedo, le vamos a perder!

—Conoce Miami como su propia cara en el espejo —gruñó Mason—. Pero no importa: sabemos adónde va.

—¿Pongo la sirena en marcha, o la luz...?

—¡Claro que no, idiota! Si él no lo hace, nosotros tampoco. Haz lo que puedas, y ya está.

—¿Por qué me ha llamado idiota? ¡Sabe perfectamente que no lo soy!

—¡Vete al huevo! —aulló Mason.

Apenas un minuto más tarde, habían perdido completamente el coche que conducía Nick Shannon.

Y doce minutos más tarde, éste detenía el coche ante la casa de Carol Tolliver. Se apeó, y en unos cuantos saltos estuvo ante la puerta, cuyo timbre pulsó. Su paciencia de espera se agotó en diez segundos. Sin molestarse en volver a llamar, rodeó la casa, buscando alguna ventana abierta. No encontró ninguna, pero sí estaba abierta la puerta de atrás, la que daba directamente a la piscina y al canal.

Empujó la puerta y entró.

Cinco segundos más tarde veía a Tom Williams tendido de bruces en el suelo, y cerca de su cabeza el descolgado auricular del teléfono. Ni se le ocurrió llamar a Carol. Sabía que no estaba en la casa. Williams tenía la cabeza de lado, podía ver uno de sus abiertos ojos. No lo tocó, pero sí miró el brochazo de sangre en la alfombra.

Se acercó a la mesa, y miró una y otra llamadita de las velas, todos los preparativos. Nick no lo sabía, pero no estaba pálido como un muerto. Sentía el silencio como algo tangible, hasta que oyó el zumbido del motor de una lancha navegando por el canal, pero muy amortiguado.

Nick Shannon se pasó una mano por la boca.

—Dios —jadeó.

En menos de medio minuto recorrió la casa, donde todo estaba en orden. Regresó a la sala-comedor. Afuera oyó el seco frenazo de un coche. Fue a la puerta, a abrió, y vio llegar corriendo a Mason y Ashe. Dejó la puerta abierta, se volvió, y vio entonces la escopeta de Tom Williams, con la culata en el suelo, los cañones apoyados en la pared. Se quedó mirándola como si fuese algo que jamás hubiera visto.

—Nick, ¿qué ha pasado?

Se volvió hacia Mason y Ashe. Aspiró hondo, y señaló hacia el fondo de la casa.

—Ocuparos de eso, Joe.

—¿Y la juez? —preguntó Ashe.

—No está.

—Ven, Johnny —llamó Mason.

Éste asintió, estuvo a punto de decirle a Nick que estaba pálido como un muerto, titubeó, y optó por seguir al sargento. Nick Shannon volvió a mirar la escopeta. Luego, se vio en el pequeño espejo. Se quedó mirándose, observando su palidez. Y así estaba cuando Mason pasó por su lado, diciendo:

—Voy a llamar desde el coche, Nick.

—Bien.

Su voz sonó ronca, como rota. ¿Dónde había visto él una palidez semejante?

Johnny Ashe apareció ante él, y demostró que de tonto, y bromas aparte, no tenía un pelo:

—Un balazo, señor. ¿Cree que será del mismo revólver del 38?

—Sí murmuró Nick.

—Pues a éste no le han cortado las manos. Caray... —Se estremeció—. ¡Se han llevado a la juez Tolliver!

La depositó en el suelo de la cocina, agarró un cuchillo, y cortó las tiras de esparadrapo que sujetaban sus tobillos. Luego, de un tirón que hizo gritar a la ya consciente Carol Tolliver, le arrancó la mordaza. Carol aspiró profundamente, con fuerza, incluso atragantándose.

—Ni siquiera te molestes en gritar —murmuró Kendal—: nadie te oirá.

—Elmer, ¿qué... qué haces, qué es todo esto? —gimió Carol—.

¡No puedo creer lo que está pasando!

—¿Sabes lo que está pasando? ¡Que eres una maldita perra desagradecida!

—¿Por qué dices eso? ¡No te entiendo, no entiendo lo que has hecho con el pobre Tom, ni conmigo...! ¡Has tenido que volverte loco, Elmer!

Dicho esto, Carol rompió a llorar. Elmer Kendall estuvo observándola unos segundos, luego, se puso en pie y salió de la cocina. Desde aquí, Carol oyó el coche... Él lo había detenido delante de la casa, pero ahora lo estaba metiendo en el garaje.

Intentó soltar sus manos, pero pronto comprendió que no lo conseguiría. Sin embargo, tenía libres las piernas... Miró hacia la puerta de la cocina, que daba a la parte de atrás de la casa, y comenzó a ponerse en pie. Ya no oía el coche de Kendall. Se quitó los zapatos, y caminó deprisa hacia la puerta, se colocó de espaldas a ésta, y sus manos asieron el pomo. Ahogó un grito de decepción al encontrarla cerrada con llave. Claro, era lógico: acababan de llegar, y hasta entonces todo había permanecido cerrado. Elmer vivía solo, no tenía más que una asistenta que iba dos veces a la semana a poner un poco de orden.

—¿Dónde estaría la llave?

Elmer Kendall no le dio tiempo a nada más. Apareció en la cocina, la miró, y gruñó:

—Es inútil, Carol. ¡Jamás saldrás de aquí!

—Elmer, ¿qué... qué pasa, qué quieres, qué te he hecho yo o Tom...?

—Tom Williams nunca debió oponerse a mis deseos, después de todo lo que hemos estado haciendo juntos por ti.

—¿Por mí? ¿Qué habéis estado haciendo?

—Complacerte.

—¿Complacerme? ¿De qué modo, en qué?

—¿No recuerdas? Muchas, muchísimas veces has demostrado tu gran disgusto por el hecho de que una serie de canallas que tú habías condenado con justa severidad fuesen luego puestos en libertad. ¿No es cierto que eso te disgustaba mucho?

—Naturalmente, Elmer. Pero ¿qué tiene que ver...?

—Incluso llegaste a decir que hombres como aquéllos no merecían la cárcel, sino la muerte; que eran alimañas dañinas para

la sociedad... ¿Lo dijiste o no?

—Sí, sí, pero era... No sé, un modo de hablar...

—Sí, ya sé que tú sueles hablar por hablar. Hablabas por hablar cuando parecías que sentías algo por mí, y hablabas por hablar cuando dijiste que te ibas a casar con ese policía... ¿Verdad que hablabas por hablar?

—Elmer, nunca... nunca hice nada que pudiera inducirte a creer que sentía nada por ti. ¡Nunca hice semejante cosa, no te di a entender nada de eso!

—¡Pues yo lo creía así!

—Elmer, lo siento, ¡lo siento! Te aprecio como compañero profesional, como amigo..., pero nada más, y nunca hablé por hablar.

—O sea, que realmente pensabas casarte con el policía.

Carol Tolliver abrió la boca, pero no dijo nada. Se quedó mirando con temerosa expectación a Elmer Kendall, el cual, tras esperar en vano una respuesta, se acercó a ella, con expresión enloquecida.

—¡Contesta! ¿Es cierto que querías casarte con él?

—Sí... Sí.

—¡Pues no lo harás! —chilló él—. ¡No lo harás nunca! ¡Te quedarás aquí para siempre conmigo, conmigo, conmigo!

Agarró el escote del bonito vestido que Carol se había puesto para cenar con Nick Shannon, y dio un tirón fortísimo, desgarrándolo completamente. Carol gritó, e intentó pasar por un lado de él y correr hacia la puerta de la cocina que daba al interior de la casa, pero Kendall la asió de los cabellos, y casi la derribó de un tirón. Luego, arrancó el liviano sujetador, y los hermosos pechos de la juez Tolliver aparecieron en toda su espléndida blancura. Carol volvió a gritar, pero él la empujó contra la pared, siempre sujetándola por los cabellos con una mano, y apretando ahora con la otra uno de los pechos.

—No grites... —jadeó—. ¡No grites, no me hagas enfadar más!

De nuevo se atragantó Carol, que comenzó a sollozar. Kendall le soltó el cabello, y ahora comenzó a acariciarle los pechos con ambas manos.

—No llores, querida... —susurró—. ¡No llores! Lo hemos hecho todo por ti, ¿no lo comprendes? Cuando Williams y yo vimos lo que

te frustraba el hecho de que aquellos criminales no sólo siguieran con vida, sino que salieran libres, nos propusimos complacerte. Y los dos por lo mismo: por nuestro amor por ti, aunque él te quería de otro modo. Yo siempre te he amado, desde el primer día que apareciste ante mí... ¿Nunca te diste cuenta?

—No... —gimió Carol—. No, Elmer, te lo juro, nunca me di cuenta, ni nunca quise herirte...

—¡Pues lo has hecho! Porque después de todo este tiempo que Williams y yo hemos dedicado a matar a esos hombres, y cuando esperaba darte pronto la grata sorpresa y pedirte que te casaras conmigo... ¡apareces con ese policía maldito y quieres casarte con él! Nosotros sólo queríamos complacerte, te amábamos, ¡y tú nos has traicionado! ¡Hemos estado matando por ti, y tú nos has traicionado! Esperábamos que salieran esos hombres, los vigilábamos, y cuando menos lo esperaban... ¡allá estábamos Williams y yo, para complacerte, matándolos! ¡Ninguno de los criminales que la juez Tolliver hubiera condenado podía seguir con vida!

—Oh, Dios mío, Dios mío, qué habéis hecho, Elmer, ¡qué habéis hecho! No es verdad, no es posible, ¡no quiero creerlo!

—¿No quieres creerlo? Oh, ya me temía que alguna vez llegaras a dudar de eso, que no quisieras creer lo mucho que hemos hecho por ti, los riesgos que hemos corrido... ¡Ya me lo temía! Y tomé mis precauciones, ¿sabes? Y ahora van a servirme, van a servirme para que comprendas cuánto te amo... Podría... podría hacerte mía ahora, violarte, ¡hacer lo que quisiera contigo!, pero no lo haré. Esperaré a que comprendas y tú misma me entregues tu amor... ¡Ese amor que no me deja vivir desde que te conocí! Ven... ¡Verás que es cierto que he hecho, por tu amor, todo cuanto te he dicho!

La tomó de un brazo, y casi la arrastró hacia la puerta de la despensa. La abrió, encendió la luz, y señaló la escalera de piedra que descendía hacia la bodega, cuya luz encendió también. Bajaron ella por delante, empujada.

La bodega era pequeña, y se veía bien cuidada. Carol la conocía de oídas, pues Elmer Kendall la había mencionado en varias ocasiones, e incluso tenían pendiente una invitación de él para enseñársela y ofrecerle algunas de sus más preciadas botellas. Carol nunca había querido aceptar su invitación de ir a cenar con él a su

casa, y ahora... ¡ahora estaba en la bodega, atada, casi desnuda, a merced de él!

Kendall la empujó amablemente hacia un armario de recia madera colgado de la pared, y cuyas puertas estaban cerradas con un grueso candado.

—¿Ves? —señaló el armario—. Aquí dentro solía tener mis mejores botellas, bien guardadas, fuera del alcance de alguna posible rapiña por parte de mi asistenta. Pero acabé por sacar las botellas para guardar otras cosas, y entonces pues además el candado... ¡Voy a abrir para ti, para convencerte!

Sacó unas llaves, y procedió a abrir el candado y luego la cerradura.

Abrió las puertas.

—Aquí los tienes... Mis trofeos privados. ¡Los trofeos con los que sabía que algún día podría demostrarte mi amor, convencerte plenamente! ¡Aquí los tienes!

Dentro del armario no había botellas, sino recipientes de cristal de amplia boca, conteniendo un líquido transparente y algo más. Algo que de momento Carol no identificó. Pero lo hizo de pronto, y la sangre se heló en sus venas.

Eran manos. Manos humanas.

—Cada recipiente tiene una etiqueta —oyó como de muy lejos la voz de Kendall—, en la que consta el nombre del canalla al que le quité mis trofeos. ¿Ves? Éstas son las manos de Rex Bardon, éstas son las de Silvan Adams, éstas otras las de Daniel Roth, y éstas las de Wend...

Carol Tolliver comenzó a gritar.

Un grito largo y agudo, espeluznante, histérico. Sus pies parecían clavados al suelo, y su mirada a los recipientes conteniendo manos, hasta un total de catorce, por parejas. Kendall la miró, y frunció, el ceño.

—Carol, querida, no grites —dijo—. Son para ti, son para convencerte de cuánto he hecho para complacerte. Ven, ven, querida...

Se acercó a ella, que retrocedió entonces de un salto.

—¡No me toques! —chilló—. ¡No me toques, no me toques...! ¡No me toques nunca, nunca, nunca! ¡Nunca!

—No me hagas enfadar, Carol. Sólo quiero que sepas cuánto te

amo, y que siempre te amaré. Te quedarás aquí, esperándome siempre, hasta que comprendas mi...

—¡No te acerques!

—¡Ya está bien! —gritó de pronto Kendall—. ¡Me acercaré todo lo que quiera y siempre que quiera! ¿Crees que he tomado esta decisión desesperada, al saber que ibas a casarte con otro, sólo para ahora ceder a tus gritos? Puedes gritar todo lo que quieras... ¡y yo haré contigo lo que desee! ¡Y te lo voy a demostrar ahora mismo!

Se abalanzó contra ella, la agarró de cualquier manera, y la derribó sobre el duro y frío suelo. De un tirón, le arrancó parte de la falda, y luego la braguita, siempre revolcándose por encima de ella, Jadeando fuertemente, Kendall bajó la cremallera de su pantalón, y procedió como enloquecido a orientarse hacia la consecución de sus deseos...

Una mano de hierro lo agarró por la ropa del cuello, y lo arrancó de allí como si fuese un muñeco de paja. Acto seguido, fue empujado brutalmente contra la pared, donde chocó la cara, reventó su nariz, y cayó sentado y luego de espaldas. Durante unos segundos, mientras oía los gritos de Carol y luego el estallido de su llanto, Elmer Kendall estuvo mirando el techo de su bodega, que veía como entre brumas.

Por fin, se sentó, y buscó con la mirada a Carol. Ella estaba de pie ahora, tenía las manos libres, y se abrazaba a Nick Shannon, que la rodeaba con sus brazos, pero mirándole a él.

Elmer Kendall parpadeó, suspiró, y se pasó una manga por el rostro, restañando de cualquier manera la sangre.

Sonrió de pronto.

—¿Cómo ha sabido que ella estaba aquí, teniente? —preguntó, con toda tranquilidad.

Carol le miró horrorizada. Nick, simplemente incrédulo. Tan incrédulo como se sentía todavía de haber acertado en su corazonada. Al verse en el espejo de la casa de Carol, tan pálido, había acabado por recordar otra palidez parecida: la del fiscal Elmer Kendall cuando Carol le recibió besándole en su despacho, y su silenciosa marcha. Había pensado entonces que aquel hombre sentía algo por Carol, pero lo olvidó. Lo recordó al verse en el espejo a sí mismo, tan pálido. Y luego, la escopeta de Williams en el recibidor... No era normal en Williams esto, de modo que si no fue

en busca de su escopeta era porque esperaba a alguna persona amiga. El mismo, u otra persona, otra persona muy amiga de Carol. ¿Podría ser Kendall?

Y allá lo tenía. La única posibilidad que se le había ocurrido, y había acertado.

—¿No quiere decírmelo? —dijo Kendall—. Bueno, no me importa.

Nick se quitó la chaqueta, y se la puso a Carol, que se encogió dentro de la prenda, que aún pareció más y más grande para ella. La muchacha comenzó de pronto a temblar. Nick la abrazó de nuevo, y miró a Kendall.

Movió la barbilla hacia la escalera, y murmuró:

—Suba, señor Kendall. Está usted detenido.

—Oh, entiendo —dijo Kendall.

Se puso en pie, y se dirigió hacia la escalera. De pronto, echó a correr hacia arriba, y desapareció en un instante. Nick Shannon no se inmutó. Carol le miró sobresaltada.

—¡Nick, está...!

—No podrá escapar, Mason y Ashe están arriba. Y como no está loco comprenderá lo que le conviene.

Por una vez, Nick Shannon se equivocó.

Arriba se oyeron gritos, un fuerte rumor de algo que caía, y acto seguido un par de disparos. Carol gritó, pero Nick la abrazó con fuerza.

—Tranquilízate. En realidad, ha sido mejor así. Habría sido muy desagradable juzgar a un fiscal.

Cuando aparecieron en la cocina, Elmer Kendall yacía de bruces, con la pequeña mesa casi encima de él. Cerca de su mano derecha se veía el revólver con silenciador. Muy cerca, estaban Mason y Ashe, ambos con su arma en la mano. Pero mientras Mason aparecía tranquilo, el joven detective estaba demudado. Mason miró a Nick, hizo un gesto, y el teniente comprendió.

—Vaya, Johnny —dijo amablemente—: ¡de modo que has cazado al asesino cortamano!

—Te-teniente, él... él nos disparó con... con... ¡Él nos disparó! Y entonces, yo... yo...

—Ahora se pondrá a mear de miedo —gruñó Mason.

—Es... el primer hombre que... que mato.

—Bueno, alguna vez se ha de empezar. Porque, ¿sabes, pequeño?, hay tipos que no te dejan ninguna otra alternativa.

—Voy a llevar a Carol a casa y vuelvo —dijo Nick Shannon—. Dale al chico algo fuerte de beber, Joe. Lo necesita.

—Pe-ero e-estoy de servicio, teniente...

—No —dijo Shannon—. Ya no, Johnny. Porque ahora sí, ahora hemos terminado nuestro trabajo.

## ESTE ES EL FINAL

—¡Caray! —exclamó Johnny Ashe—. ¡Pues sí que se lo han pasado ustedes bien en todo este mes en el Caribe! Y está usted bronceadísima, señora... o sea... ¿juez o señora?

—Las dos cosas, hombre —dijo Mason—. A ver si lo entiendes: hay momentos en que es juez, y hay momentos en que es señora. Cuando la veas vestida de negro y con ese gorrito en la cabeza, es juez. El resto del tiempo es señora.

—Señora Shannon —rió Carol, tomando una mano de Nick, que estaba sentado a su lado en el sofá de la salita—... ¿Verdad que suena bien?

—A mí me gusta más señora juez —dijo Ashe.

—Este chico es tonto —gruñó Mason—. Venga, tú, vámonos. Ya hemos cenado, hemos tomado coñac, café..., de todo. Y son más de las diez. Ha sido una cena estupenda, ¿verdad?

—Pues a mí no me lo ha par...

—¡Ha sido una cena estupenda! —gritó Mason, rojo de ira—. ¡Estupenda! ¿Te enteras?

—Oh, sí. Je, je. Estupenda, estupenda.

—La he preparado yo —dijo Carol riendo a mandíbula batiente.

—Os acompañaré a la puerta —dijo Nick, conteniendo la risa.

Regresó al minuto, se sentó de nuevo junto a Carol, y la abrazó por la cintura.

—¿Qué te parece si continuamos con nuestra luna de miel? —propuso.

—Ha sido una cena horrible, ¿verdad, Nick?

—Sí —admitió el policía—. Pero la buena voluntad merece ciertas consideraciones. De todos modos, dudo mucho que Joe y Johnny vuelvan por aquí en algún tiempo a cenar. Digamos, hasta que hayas aprendido adecuadamente..., o dejes que prepare la cena Madge. Incluso yo, ¿sabes lo que debe estar diciéndole Joe a

Johnny en estos momentos?: que la cena ha sido una putada.

Carol Shannon, la juez Tolliver, se echó a reír.

En el coche, Joe Mason estaba mascullando:

—Vaya mierda de cena... ¡Qué putada, chico!

—Pero... ¿no has dicho que ha sido una cena estupenda? —Se  
pasmó Ashe.

Joe Mason puso los ojos en blanco, con resignación de mártir.

—Anda, vámonos, meón, y deja que el teniente y la juez sigan  
con su luna de miel.

—¡Pero si ya no están en el Caribe!

—Muchacho —movió la cabeza el sargento: muérete, por favor.

FIN





9 788402 025135

01715



**EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA  
60 PTAS.

Impreso en España

